

Año XXXII.

Madrid, Jueves 15 de Agosto de 1912.

Núm. 33.

Suscripción "Sánchez Pérez"

Pesetas.

| | |
|--|--------|
| Suma anterior | 278'45 |
| Abraham Salas. (Reus)..... | 6'00 |
| Miguel Márquez. (Valencia)... | 1'00 |
| Rufino Rey. (Madrid)..... | 1'00 |
| Juan Solá. (Barcelona.)..... | 3'00 |
| Francisco Huertas. (Madrid)... | 1'00 |
| Antonio Huertas. (Id)..... | 1'00 |
| Rafal Ramos. (Isla Cristina)... | 5'00 |
| Esteban Solana. (Santa Cruz del Retamar)..... | 5'00 |
| Ginés Soler. (Linares)..... | 5'00 |
| Tomás Sánchez. (Id)..... | 1'00 |
| Un Bejarano..... | 3'00 |
| Visente Cueli Balbín. (Co- lunga)..... | 10'00 |
| Rufino Tarradellas. (Serós)... | 1'00 |
| Francisco Garrido. (Valencia)... | 25'00 |
| Braulio Algarras. (Idem)..... | 25'00 |
| José Moset. (Gandia)..... | 2'00 |
| Heriberto López. (Herrera de Alcántara)..... | 1'00 |
| José Victorio. (Atunara)..... | 5'00 |
| La Luz. (Pasages)..... | 5'00 |
| Ambrosio Gutiérrez. (Palencia)... | 1'00 |

Suma y sigue..... 385'45

CRONICA

Cartuchera en el cañón

Madame Lapin.—El Abate.—El Magistrado.—El filósofo.—Un criado.

El magistrado.—¿Qué escándalo! ¿Habéis leído en «El Monitor»? ¿Un subordinado se ha negado á arrodillarse ante el Sacramental?

Madame Lapin.—¿Será duramente castigado?

El magistrado.—Sin duda.

El filósofo.—Pero, según parece, el infeliz profesaba la fe protestante y lo había advertido en tiempo y lugar.

El abate.—¿Y eso qué importa?

El filósofo.—¿Cómo que no importa, señor mío! ¿Hasta dónde ha de llegar la autoridad indiscutible? Si el superior ordena á un inferior que mate á un inocente, ¿ha de cumplir el inferior el mandato? No se diga que esto no puede ocurrir jamás. Cuando el rey manda á Sancho Ortiz que dé muerte á Bustos Tavera, se plantea en el escenario el permanente y temido conflicto. Es necesario obedecer; pero ¿a quién? ¿Al superior ó á la conciencia? ¿A la

ley escrita ó á la impresa por la Naturaleza en el corazón de todos los hombres?

Mad. Lapin.—Pero en esta ocasión no se ordenaba matar á nadie.

El filósofo.—Se ordenaba faltar á la creencia. ¿Es que no recordáis á los mártires del cristianismo? Quiero traer á vuestra memoria un solo caso. En Alejandría de Armenia diez mil soldados se negaron á practicar el culto de los paganos. Inmediatamente, y previo un juicio sumarisimo, fueron crucificados en el monte Ararath. Las Actas de «Galonio» y el «Año Cristiano» lo testifican.

Mad. Lapin.—Fueron santos.

El magistrado.—Fueron insubordinados. Estuvieron bien crucificados. Eso sí, después supongo que habrán alcanzado la gloria eterna.

El abate.—¿Tenían sino obedecer y practicar el rito pagano, con reservas mentales?

El filósofo.—Eso me parece un tanto volteriano.

El abate.—En casos extremos, la Iglesia aconseja tales reservas.

El magistrado.—Entonces, ¿los mártires fueron unos solemnes majaderos?

El abate.—Pudieron evitar ciertamente el sacrificio. ¿Queréis que os cite algunas disposiciones canónicas?

Mad. Lapin.—No os molestéis, abate; prefiero condenar resueltamente la hipocresía.

El filósofo.—A más, que no es fácil partir la conciencia en dos mitades: una, como ciudadano, y otra, como subdito.

El magistrado.—¿Creéis que un soldado debe desobedecer?

El filósofo.—De ninguna manera. Dentro de la Ordenanza y en cumplimiento del deber militar, el soldado ha de obedecer. Pero la Ordenanza no debe mandar sino lo legal y lo justo. El autor de «Micro-megas» ha escrito: «obedeced desde luego al Derecho, si queréis que se os obedezca á vosotros», y una escritora sentenció que no se obedece mucho tiempo á las leyes cuando son injustas.

El abate.—La culpa la tienen los literatos con predicar la desobediencia. Ya lo veis, las grandes figuras dramáticas son siempre rebeldes: Edipo, D. Carlos, Moore, Segismundo, D. Juan, Fenisa, Pedro Crespo...

El filósofo.—No es el arte; es la Naturaleza la que hace difíciles de cumplir ciertos mandatos. Aléguese cuanto se quiera, toda autoridad tiene un límite. Y hay una atenuante, pasado ese límite, para el culpable.

El magistrado.—Primero se obedece, y luego se apela.

Mad. Lapin.—Tiene razón el magistrado. Primero es la sumisión, y luego la queja.

El filósofo.—¿Seguís ese procedimiento con vuestro marido?

Mad. Lapin.—No, porque no tengo á quien apelar.

El filósofo.—¿Cómo que no? Tenéis á los jueces, á la sociedad, á Dios mismo...

Mad. Lapin.—Ta, ta, ta...

El filósofo.—¿Lo veis? Lo más seguro es no mandar cosas imposibles. Quien desobedece, cumple la pena. Pero quien ordena contra la ley, no comete un mal irremediable? Es de la ley de donde la obediencia emana. ¿Cómo imponerla contra ley? Esto es un verdadero contrasentido.

El abate.—Discutís palabras. ¿No estamos todos absolutamente conformes en que el inferior debe obedecer?

El filósofo.—Desde luego.

El abate.—Entonces, ¿qué es lo que usted sostiene?

El filósofo.—Que debe haber límite en el mandar. La apelación llega siempre tarde después de perpetrado el homicidio, de realizado el sacrilegio...

El abate.—¿Tan fácil como es cubrir las formas! Se practica el rito y se dice entre dientes: «Dios mío, conste que todo esto lo hago contra mi voluntad.»

Mad. Lapin.—El abate tiene razón; la cuestión es salir del paso.

El filósofo.—¿Creéis de veras que Abrahám representó al alzar el cuchillo sobre Isaac una linda comedia?

El abate.—Aquél era el tiempo de los patriarcas.

El filósofo.—Y éste, el de los abates. Ciertamente, no transcurren en vano los siglos.

El magistrado.—Lo primero es obedecer. Yo le mando á un inferior que se mate y se mata. Y luego apela.

El filósofo.—Se vería algo apuradilla la «Cour de Casation».

Mad. Lapin.—Han pasado los tiempos trágicos y, en general, los teatrales. Ya no proceden las hijas á quienes se obliga á casarse contra su voluntad como en tiempos de Molière ó de Lope. Ahora se casan, sin perjuicio...

El filósofo.—Comprendo; sin perjuicio de apelar á Venus Afrodita.

Mad. Lapin.—Sois demasiado malicioso; sin perjuicio de esperar la viudez.

El magistrado.—Y queda á salvo la autoridad paterna.

El filósofo.—¿Y no sería mejor que los padres no tuvieran voluntad arbitraria?

El abate.—Todo ello se remediará con el tiempo.

El filósofo.—Eso pido; que se remedie.

El magistrado.—Entre tanto, quien manda, manda.

Mad. Lapin.—Y cartuchera en el cañón.

Un criado (entrando).—Señora, dice el amo que vaya usted en seguida.

Mad. Lapin.—Dile que no me da la gana.

ANTONIO ZOZAYA

(El Liberal)

Rugido de la fiera

Ya está ahí, enseñando los colmillos y las zarpas, jactándose de su fuerza con una insolencia que avergonzaría á cual-

quiera gobierno que tuviese entera conciencia de su deber.

Con esto queda completado en España el cuadro del *Estado eclesiástico*, mejor dicho, el *Estado jesuita*, ese Estado que cuatro siglos atrás soñaron los facciosos del Paraguay y los sediciosos de Europa, arrojados á puntapiés de los países católicos, por impíos y sacrilegos; de los Estados monárquicos, por regicidas; de los Estados con ley, por anarquistas; de todas partes donde se conoció el honor, por focos de toda infamia.

Lo que no pudo conseguir el jesuitismo en su primera época, lo ha conseguido en esta segunda y en pleno siglo xx, bajo el mando de Canalejas, que no comprendo cómo se presta á ser encubridor ante Europa de esta secta maldita que barrunta su exterminio definitivo y se apresta á una defensa desesperada.

Sí, para vergüenza de España, ya está completo el cuadro y organizado el escuadrón y entregado á simulacros, todo con el apoyo y bendición de la Iglesia.

Artículo que en primera plana, en letra grande y con una mancha de sangre que lo cubre de arriba abajo, publicó el día 3 del actual un periódico carlista en Barcelona:

“Una vergüenza nacional

¡Abajo los asesinos!

¡Fuera los cobardes!

En el tercer aniversario de la semana vergonzosa de Julio de 1909, cuando por los asesinos y ladrones que en ella tomaron parte se intenta glorificar aquel cúmulo de deshonras y villanías, no podía faltar nuestra voz enérgica y potente que demostrase á la cuadrilla de hampones y sinvergüenzas que no hemos olvidado la deuda á saldar y que todavía en nuestras mentes se conserva imborrable aquel repugnante espectáculo del desbordamiento del detritus de un pueblo.

Se habló estos últimos días de conmemoraciones de aquellas atrocidades por un grupo de hambrones que al convenirse de que los jaimistas estábamos dispuestos á ser ahora como siempre los defensores del orden, ahogaron sus ansias de robo y pillaje, porque sabían que antes de *consumar* sus proyectos habíamos nosotros de *consumir* las cápsulas de nuestros browings.

La semana sangrienta, que no registró heroicidad ni valentía alguna, tuvo el aspecto de rabiosamente anticlerical porque así convino al Gobierno y sus autores. Al Gobierno porque veía al pueblo sublevado contra él y le desvió dándole como pasto los conventos y las iglesias; á sus autores, porque resultaba mucho más cómodo asaltar un convento que defender una barricada y porque era mucho más provechoso saquear una iglesia que defender á tiros un ideal.

Nosotros que asistimos impasibles á las demasías del pueblo bárbaro, porque

era ello nuestro deber, nosotros que aguardamos serenamente el pleito entre los salvajes y el Gobierno que les amantó, sacada la experiencia de aquellas jornadas infamantes, juramos solemnemente derramar toda nuestra sangre antes que tolerar que aquellos incendiarios puestos en libertad por la cobardía de las instituciones, vuelvan á satisfacer sus bestiales instintos en esta Barcelona de nuestros amores.

Aquellos criminales, aquellos incendiarios, son los mismos que ante un sistema caduco, amenazan con repetir aquellas sus jornadas de latrocinio y sangre que tal vez les fuesen toleradas á no saber que estamos aquí nosotros dispuestos á cazar á tiros como á las fieras de las selvas á los degenerados que intentasen mancillar con sus patas de bestia las Casas del Señor ó cometer sacrilegios con la Hostia Santa.

Salgan á la calle esos cobardes que entonces como siempre explotaron los sentimientos de un pueblo, llevándole á la protesta contra una guerra impopular, mientras ellos, ó huían al extranjero ó formaban partidas de bandoleros dedicadas al saqueo y al incendio; salgan á la calle esos desalmados que mientras simulaban disconformidad con una sangría nacional en África, disparaban á mansalva contra los soldados; salgan á la calle los asesinos de religiosos indefensos é infelices mujeres; salgan á la calle los ladrones, los viles, los malvados... salgan á la calle y sabrán apreciar lo que puede nuestra indignación y lo que valen nuestras vidas.

Y el hablar hoy como lo hacemos, nos dirigimos también á esos espíritus de eunuco, fiscalizadores de nuestros actos de radicalismo, que balarceándose en su hipócrita sanchopancismo, entonan himnos á la paz y tranquilidad ciudadana, olvidándose de que nosotros, y solamente nosotros, hemos puesto á raya á los autores de la semana vergonzosa.

Resulta ridículo é imbécil confiar en convencer con la fuerza de la razón á quienes se rinden sólo ante la razón de la fuerza. Y aviados estaríamos si nos limitásemos todos á convencer á esos degenerados.

El puñal del asesino, la tea del incendiario no se contrarrestan con un razonamiento, porque precisamente el asesino y el incendiario van contra todas las razones existentes.

Nosotros que hemos sido censurados cientos de veces por los inútiles, nosotros que porque hemos sabido tener el gesto hombruno de repeler las agresiones en vez de huir vergonzosamente como conejos hemos sido medidos por el mismo rasero por los hipócritas y por los farsantes, somos los únicos que tenemos derecho á levantar nuestra voz y colocarnos frente á los unos teniendo todavía la suprema generosidad de llevar á retaguardia como impedimenta á todos los cobardes.

Por eso hablamos como hablamos, por eso nos dirigimos á todos ellos, señalan-

do nuestra actitud, promesa que estamos dispuestos á cumplir, demostrando á unos y á otros lo que pueden y lo que valen los jóvenes jaimistas.

¡Abajo los asesinos!

¡Fuera los cobardes!

Este es un artículo que va más derechamente al cerazón de los obispos alfonsinos, y de los Pidales, los Mauras, los Ciervas y demás clericales de la extirpe mestiza que quedan aún por ahí, que al de los liberales.

Recojan la parte que les toca, como los liberales la suya, y váyanse enterando de que los carlistas los odian más que á los mismos republicanos.

Y connaturalícense desde ahora con la idea de que esos bandidos con escapulario les rebanarán con mucho gusto el pescuezo, si se dejan cazar el día que salgan ahullando por esos campos:

*«¡Guerra y exterminio
haya por do quier!»*

Explotadores y víctimas

Que las masas carlistas, fanatizadas é inconscientes, se presten á hacer el juego á los clericales que siempre las explotaron, se explica; mas no que lo hagan los carlistas ilustrados, los que saben que el clero ha utilizado siempre al carlismo para ensanchar y afirmar su predominio en España.

¿Que ese clero es el que prepara, entrega y anima esas masas? Sí; pero sin perjuicio de abandonarlas y traicionarlas siempre que las ve vencidas, salvo aquellos clérigos montaraces para quienes el robo y el asesinato es el único ambiente en que respiran á gusto.

Si esos carlistas ilustrados sintieran honda y honradamente la idea que aparentan profesar, deberían odiar, más que á los revolucionarios, á esos obispo-amamantados por el liberalismo, gentecilla sin servicios á la patria, ni al pueblo, ni á la Iglesia.

Deberían odiar á los frailes que les trajeron la excisión pidalina, y luego la excisión de Ortí Lara, y luego la excisión nocalista, con excusas de puritanismo ó de tolerancia.

Deberían odiar á los escolapios, agustinos y dominicos, que *mataron* el carlismo religioso, y fueron á consagrar la *ilegitimidad* usurpadora, y á partir el cuartal con el liberalismo condenado, y á mendigar del Estado protervo, á cambio de uniones y consagraciones, los privilegios y las prebendas.

Deberían mirar con asco á esos frailes bajunos, lamerones, rastreros, zorretes y felones, que han introducido la discordia en el clero, *consagrado* el liberalismo, y vendiendo el Cristo al Exito de sus respectivas Ordenes.

Pero los carlistas ilustrados no desengañarán nunca á las masas: necesitan que continúen fanatizadas para tenerlas á su devoción, y de este modo alcanzar ellos pe los gobiernos liberales cuanto desean

por mediación del clero y las Ordenes religiosas; les es preciso conservarlas perpetuamente en la ignorancia, para que no puedan jamás hacerse estas preguntas, que sólo tienen estas respuestas:

«¿Para qué se arruinaron los hacendados carlistas en las dos guerras? Para asegurar las escandalosas nóminas episcopales y levantar sobre los solares de las casas solariegas los conventos.

¿Para qué dieron sus hijas, hurtadas al goce del amor lícito y á la maternidad natural? Para que sirvieran de amas secas á los hijos escrofulosos y putativos de señoritos gelfos y de clérigos inmorales, ó para ser criadas y camareras de viejas ricachonas hartas de carne.

¿Para qué murieron los jóvenes del carlismo? Para eximir del servicio militar al lego del convento sustraído al tributo, al trabajo y al ejército.

¿Para qué naufragaron tres generaciones de carlistas en el destierro y bajaron anónimos á la sepultura? Para guardar los *vales de D. Carlos* como papel de estraza, y para que el clero oficial canjeara la consciencia de la doctrina, la integridad moral y el decoro de la Iglesia, por buenos títulos de prebenda y por largos billetes de Banco.»

Los carlistas ilustrados ponen todo su empeño en evitar que las masas ignorantes que les siguen se hagan un día esas preguntas y se den esas respuestas. Y se comprende.

Aquel día acabará para siempre el drama sangriento que comenzó el año 1833, mejor dicho, el año 1927, del que nadie ha sacado provecho sino la Iglesia; drama que tiene á España arruinada, degradada, envilecida y despreciada por las naciones progresivas.

Nota triste

A pesar de saber que en todo cerebro moldeado por el clero es tan difícil que penetre la luz de la verdad, como en todo corazón deformado por el fanatismo los sentimientos nobles, al pensar en los requetés no puedo por menos de exclamar contristado:

«¡Pobres niños!... ¿Qué estarán pensando de vosotros vuestros padres? Sobre todo ¿qué sentirán vuestras madres y hermanas?

Corred, corred sin cesar á esta locura... Gritad, amenazad, provocad, desafiad, azuzad al pueblo liberal; ahogad en su garganta su voz con el plomo de vuestros fusiles; clavad en su pecho el puñal afilado en las piedras del patio del colegio religioso...

Y después ¿qué? Después...

Después del año 1871 vendrá el año 1876. Se aplacará la guerra. Las fieras, hastiadas ya y rendidas, volverán á sus hogares. Habrá pasado la fiebre de la juventud; se disiparán los engaños; comprendereis la ruindad de la causa defendida.

Y mientras vuestros *jefes* se entende-

rán con los gobiernos liberales cobrando á buen precio la sangre vertida, el Papa os tapaná la boca con el anatema, el jesuitismo se sacudirá de vosotros...

Y al lado del hogar donde llorará una madre abandonada, y del en que se revol verá un padre anciano, y del otro en que una hermana ultrajada ocultará su vergüenza en el silencio, al lado de estos hogares de donde faltarán los requetés muertos, alocados, mutilados, desterrados ó encarcelados, se verá el hogar del que logró salvar la vida y la razón, y ese, al abrirse á sus ojos la realidad, descubrirá el horror inicuo de la Iglesia y la maldad indómita del clericalismo, y una maldición brotará de sus labios.

Remordimiento y vergüenza en sus adentros, y fuera la sangre de sus víctimas y el estrago de sus campañas... Y la indiferencia jesuita y el menosprecio de la Iglesia, que nada quieren de aquellos que ya les sirvieron y no pueden servirles más...

¡Pobres niños!... ¡Ya sois requetés! Ya teneis infiltrado el genio maléfico... Ya estáis *moldeados* á gusto de los obispos.

Pero... fijaos, incautos: ni Don Jaime, ni el Papa, ni el general de los jesuitas, ni el obispo Laguarda se atreven á firmar esos escritos que en vuestros periódicos aparecen y que vosotros firmaréis con vuestra sangre...

Ellos no quieren cuentas con vosotros ante el público. Sus amores son furtivos, como los del marido adúltero; como los del hipócrita agente de la Trata de Blancas con la prostituta á quien finge redimir...

¡Pobres niños!... Vuestros maestros é inductores se avergüenzan de vosotros... Vuestros capitanes os embarcan... y se esconden...

¡Pobres requetés de 1912, que en 1922 seréis ya hombres y os volveréis contra los requetés de entonces y seréis fusilados por ellos!...

Y así el perverso clerical fomenta la inconsciencia para destruir al hombre inconsciente.

ORACION CARLISTA

«Dios de las venganzas y de las iras: hágase terrible tu nombre; sométe á nuestro reino. Hágase nuestra voluntad en la tierra y en el infierno. El furor de cada día dánosle hoy. Ayúdanos á exterminar nuestros enemigos. Castiga en ellos nuestras culpas como nosotros las castigamos. No permitas que cambiemos de opinión, y libranos del mal. Amén.»

Tal es en resumidas cuentas la «oración» que sin protesta de obispos, sin la excomunión del Nuncio y sin la reprobación del Papa hace circular por entre los jóvenes carlistas la jesuitica mano que los inspira y dirige, y contra la cual y sobre la cual debe enfocar la mirada el pueblo liberal, antes que sobre los desdi-

chados fanáticos emborrachados por el olor de la pólvora y por los vapores de la sangre humana.

¿Caben más blasfemias en menos palabras, que las contenidas en esa «oración dominical»? ¿Cab: mayor escarnio á Cristo y más indigno desprecio de su doctrina y su ejemplo?

No; no cabe. Y, sin embargo, ni los fiscales persiguen esas blasfemias, ni los prelados las descubren á los engañados. Y de este modo el nombre de un «Dios» es mezclado con los juramentos fraticidas y parricidas en la mayor de las profanaciones.

El autor de la *oración* no es tan necio que no sepa disfrazar las intenciones en estos otros términos, publicados en el más procaz de sus periódicos: *La Trinchera*:

«Oración y.. cañonazos

No hay católico que no sepa (por muy mestizo que sea) que la oración es el hilo conductor por donde descienden de los cielos las gracias y los dones y las bienandanzas.

«¿Cómo, pues, no hemos de rezar los jaimistas con fervor santo y con los ojos fijos en lo alto?

»Ana, mujer de Elcana, no tenía hijos. Y Ana pedía á Dios con mucha fe y con mucha constancia le diese un hijo para su gloria. Lo pedía con una tenacidad digna de todo encomio.

»Y Dios, vencido por tanta ferviente oración (porque al Dios todopoderoso sólo puede vencerle la oración) le concedió un hijo: Samuel. Y Samuel fué un caudillo que libró al pueblo de Israel de todos sus enemigos. El pueblo de Dios salió siempre triunfante en sus empresas, disparando á los cielos una lluvia de oraciones antes de disparar contra sus enemigos una lluvia de cañonazos. Oraciones por delante, cañonazos por detrás, fué siempre el modo como los pueblos oprimidos libraron de sus verdugos y sacudieron su ominoso yugo.

«¡Oh, el poder de la oración! Con ella salvaron los antiguos pueblos; por el influjo de la oración Dios les daba jueces y capitanes y les libraba de la servidumbre y les daba libertad.

»Así, el pueblo tradicionalista español debe pedir con santo fervor á Dios, y pedirselo con insistencia, nos mire con amor y nos conceda una de las cosas que más interesan á nuestra amada Comunidad: UNA REINA. Nos interesa tanto como los fusiles y cañones.

»Si, queridos jaimistas. En esta fiesta onomástica que hoy celebramos, pidamos todos que Dios conceda á nuestro amado Caudillo una esposa digna de él, que le dé hijos fuertes, santos y valientes; que sean honra y honor de España, que labren su felicidad y su progreso y sean su más preciosa gloria. Pidámoslo, jaimistas, y Dios será vencido por el poder de la oración...

»El filisteo liberal está en las alturas y el pueblo sufre los rigores de su látigo.

»Que vayan por delante las oraciones; que éstas, por lo fervientes, surtan efecto, que detrás, sin duda alguna, vendrán los cañonazos...

»Y España será redimida, sana y salva. »Y lucirá en todas partes el sol de la verdadera libertad...

»Que para mí y para todos vosotros desea.—R.»

Tal es el texto de este execrable y blasfémico documento. «¡Vencer a Dios! ¡Forzar a Dios! ¡Obligar a Dios a hacerse faccioso! ¡Arrancar de la cruz a Cristo a viva fuerza con gritos de energúmeno, con muecas de furor rabioso, con oración desesperante, hasta aturdirle y obligarle a empuñar un trabuco y un puñal y hacerse jefe de foragidos, incendiarios y homicidas! ¡Forzarle a exasperar el furor erótico de su D. Jaime y a abrasarle de lujuria sus miembros hasta que se case!...

¡Y esto se llama religión y fervor... en vez de llamarlo bandidaje farisaico, asesinato premeditado!...

¡Vencer a Dios con oraciones y a los hombres a cañonazos!...

Si lo hicieran al revés...

La clave del régimen

El encasillado en el pecado capital y fuente de todos los demás pecados de este régimen eclético, basado en la falsa doctrina de las dos soberanías.

No es ya el rey enteramente soberano; pero el pueblo no lo es en grado alguno. La supremacía del poder corresponde hoy a una oligarquía impía de hombres listos, con influencia preponderante en los partidos del turno. Los ministros son feudatarios de esos grandes oligarcas, y la presión avasalladora de aquéllos sobre todos los organismos de la administración pública erige la prevaricación en sistema.

Sin mayorías parlamentarias no hay Gobierno constitucionalmente posible. El encasillado significa el arte infame de simular la voluntad ó soberanía nacional en unas Cortes forjadas en los yunques del caciquismo.

El encasillado, clave del vigente régimen político, es el doble pacto, por el que las Cortes antes de nacer hipotecan su libertad al gobierno; éste obligase tácitamente, á cambio de la *hechura* y sumisión de aquellas, á torcer todas las funciones del Poder en provecho de los oligarcas y sus clientelas formadas por caciques de categorías diversas. Las elecciones generales de diputados á Cortes constituyen un verdadero estado de guerra entre el gobierno que el rey elige y la voluntad de la Nación; en este estado de guerra los caciques actúan de corsarios por el Poder central, armados de todas armas, con licencia y fuero para todo; ¡desgraciado el gobernador que les niegue auxilio ó el juez que se les resista!

El caciquismo implica injusticia, arbitrariedad, prevaricación, delincuencia im-

pune, coacción del superior al inferior gerárquico en la escala del Poder, etcétera, etc. Pues bien, con candidez ingenua, como *postulado* de un régimen de honda corrupción, se ha proclamado en las Cortes que el caciquismo es un mal necesario mientras no se invente otro sistema de organizar las mayorías ministeriales.

He ahí por qué la inmoralidad administrativa en España tiene raíces muy hondas y protección de muy alto. Por el expediente corre impunemente la inmoralidad, como el agua por el cauce de los ríos. Hay en España mil formas de delito á salvo de toda sanción penal.

La inmoralidad administrativa es causa inicial y acicate poderoso de las demás inmoralidades; el ejemplo corruptor del Estado repercute en todas las esferas de la actividad social.

El primer cuidado de una nueva organización política, será asegurar la responsabilidad del Poder en todos los momentos, en todos los órdenes y en todos los grados de su función. Punto esencial es para conseguir tan saludable efecto, la elevación de la administración de justicia á la categoría del Poder propio órgano de autoridad y representación en el concierto con los demás, alta función de la soberanía, cuyo ejercicio debe estar confiado á un poder adecuado que actúe libremente como fuerza autónoma.

En el Parlamento al lado del banco azul debe colocarse un banco rojo, en el que se sienten el presidente y el fiscal del Tribunal Supremo. Al Tribunal ó Consejo Supremo de justicia deben conferirse las facultades que hoy competen al ministerio de justicia, llamado á desaparecer. La voluntad de la nación es la única fuente legítima de todo poder. El Consejo Supremo, órgano del poder judicial, habrá de ser electivo, y elegido, sino por sufragio universal, por elección indirecta ó de segundo grado. Sin la autonomía del poder judicial, no habrá justicia nunca para el ministro, para el cacique, ni para los malvados y criminales á quienes conceden *derecho de asilo* las distintas banderías de la política imperante.

E. MENENDEZ PALLARÉS

Los requetés

Cachorros de tigre. Esto son los requetés, criados á los pechos de curas y frailes; de frailes sobre todo.

Cachorros á quienes parece poca la sangre de todos los liberales del mundo para borrar el agravio inferido á los *frailes* en sus bienes logrados con imposturas, engaños, seducciones y abusos; frailes sin Dios, sin ley, sin conciencia, sin regla, á quienes arrojarían de su lado sus fundadores; frailes perpetuadores de la corrupción y del vicio, que con sus profanaciones hipócritas de Cristo han hecho odio hasta el nombre de Cristo, y con sus inmoralidades secretas han hecho abomi-

nable su moral pública, y con su avaricia, lujuria y soberbia han hecho escardecibles sus votos.

Conventos lujosos, reuniones de muchos, riquezas enormes, todo esto es *contra* la verdadera religiosidad, y corrupción de la virtud que se aparenta.

Y por haber *agraviado* á esta *corrupción frailuna*, los frailes han alimentado con sangre esos cachorros.

Por esto sólo, si; pues en 1909 no se les forzó á renegar de su Dios, ni á quebrantar sus votos, ni se les impidió su *rezo*, su disciplina, su ayuno, su fe, su virtud; no; en nada de esto se les atacó; atacóseles solamente en sus parapetos, tras los cuales con ficción de votos solemnes, los quebrantan secretamente; con profesión de virtud, y propagan el vicio... Esto fué lo combatido: las riquezas escandalosas de estos *pobres* de oficio; la esclavitud ejercida sobre sus protegidos por esos *votados* de obediencia; la inmunidad nefasta de esos soberbios enmascarados de humildad.

Y esto es lo único que quieren impedir que vuelva á ser agraviado: el *mal*, la *hipocresía*...

Y para esto han deformado á los que fueron *niños* á sus colegios, y han salido *homicidas*.

No quieren *libertad para ser santos*, de la cual son trabas todas las riquezas y comunidades; sino que quieren *libertad* para las riquezas y placeres, que son los enemigos de la santidad.

Quieren la *hipocresía* y no la *virtud*

Odios que se eternizan

El carlismo y la Iglesia, que andan abrazados en estos momentos, nos recuerdan las amistades de dos partidas de bandidos que procuran utilizarse uno á otro.

La Iglesia no quiere el triunfo del carlismo: recuerda que durante el reinado de los reves absolutos sufrió vejámenes y atropellos que no se atreven á inferirle los liberales: lo que quiere es tenerlo, según está hoy, como perro de presa atado á su cadena para soltarlo á la revolución popular, cuando el pueblo entre en el templo á exigir cuentas á sus administradores; lo que quiere es que cometa fuera de la ley los crímenes que la justicia legal no se atreve á amparar, porque ya el Estado no puede fusilar más Ferrer, ni se atreve á meter en la cárcel ni á llevar al auto público los maestros racionalistas, ni halla modo de deshacerse de los «apóstoles revolucionarios». Por esto solicita como suplemento el carlismo, que en una algazara que salve la responsabilidad del Estado, cometa estos crímenes, reservándose el Estado el papel de pantomima de abrir procesos judiciales, en cuya tramitación tendrá tiempo de pulsar la opinión de Europa y de la nación para optar por la absolución de los homicidas que él ha armado y empujado, ó para llamarles criminales y facciosos y fusilarlos.

Si al frente del carlismo hubiera hombres de convicciones honradas y de propósitos rectos, lo primero que deberían hacer era inspirar á sus huestes el odio al Papa, á los obispos, á los curas y á los frailes, que han traficado vilmente con la sangre carlista, vendiéndola después á los enemigos, después de obligarle á mantener tres guerras civiles, matando y haciéndose matar, siendo al azote de España y la vergüenza de Europa; para que luego, cuando estuvo extenuado de dinero y de sangre, verse condenados por el Papa y por los obispos, y excomulgados del conclave y del favor romano los mismos que antes fueron suaves pontificios; denigrados y vilipendiados los Manterola y los Posa, los Galcerán y los Larde, y sacrificados á los niños góticos de las instituciones, á los lacayos de las marquesas improvisadas y á los favoritos de los caciques.

Los jefes no ignoran estas lecciones de la Historia que ocultan á las masas retenidas en la imbecilidad como instrumentos viles del juego de los otros.

Las escuelas católicas

Hay que leer los periódicos carlistas, para comprender los alumnos que han sacado de sus escuelas en sólo tres años de labor. Porque sólo tres años han pasado desde que aquel fraile de Vich, *hijo del Inmaculado Corazón de María* y del Padre Claret, lanzó en su *Iris de Paz* la idea de organizar batallones en los colegios y conventos clericales.

EL MOTIN denunció el hecho á las autoridades, ¡y éstas callaron!, así como denunció el folleto del jesuita Vilariño, repartido en los cuarteles ¡y callaron también!

Léanse esos escritos y se verá cómo los jóvenes educados por curas y frailes sienten abrasarse en sed de sangre; cómo se gozan de antemano en la idea de clavar sus uñas en las visceras humanas; cómo anhelan el día de comenzar la matanza y el descuartizamiento que les permita plantar sus pies sobre el pecho de las víctimas, alzando á lo alto las manos empapadas en sangre, y mirando osados, satisfechos, orgullosos al cielo y á la tierra como héroes que acaban de consumir la mayor de las gallardías...

Entraron inocentes en las escuelas católicas y salen monstruos, para quienes cada día de paz es un año y cada noche una orgía de asesinatos ensoñados...

Con razón dijeron los obispos en el mensaje al Gobierno: «la escuela es una fábrica donde se moldea y endurece la blanda cera de la niñez».

Flacos de memoria

Frailes de Barcelona...

Monjas de Cataluña...

Clérigos, canónigos y obispos...

¡Qué flacos sois de memoria si habéis

olvidado los sucesos de Julio de 1909, ó qué ciegos si, recordándolos, no veis que vuestra conducta actual está haciendo imposible que se repitan!

Me refiero á aquellos actos de comedimiento, generosidad y nobleza realizados por aquel pueblo en revolución, que pudo mataros y no os mató; que pudo arrancaros la lengua, y no os la arrancó; que pudo cortar la mano con que tomáis la pluma ahora para insultarle, y no os la cortó.

No sabéis lo que estáis haciendo, obispos y jesuitas y frailes. ¡No, no lo sabéis!

Tampoco conocéis al pueblo contra quien levantáis el carlismo. Ni conocéis el carlismo siquiera.

Si un día esos mismos carlistas que hoy azuzáis se dan cuenta de que los engañáis, como siempre lo hicisteis, volverán contra vosotros el furor de ahora.

Porque no os olvidéis de esto:

En los sucesos de Barcelona no se comprobó la presencia de *ningún alumno de la Escuela Moderna*; en cambio se demostró la presencia de muchos alumnos de los *escolapios*.

No lo olvidéis, no lo olvidéis...

Quizás esteis criando cuervos para que os saquen los ojos.

Hubo casos.

EL CARLISMO

(NI DIOS, NI PATRIA, NI REY)

Sin Rey

El Papa os ha quitado á Dios y sus ministros, regalándoselos á la Constitución. Dios y sus ministros os han quitado la Patria, dejándoos apenas la sombra de la sombra de la Patria Española. ¿Qué os queda, pues, desdichados carlistas?

Diréis que os queda todavía el rey...

¿El rey?... No, amigos: os lo han birlado también. El rey verdadero y único de España, el rey efectivo es D. Alfonso XIII.

Leedlo, amigos, en los documentos papales, episcopales y conciliares de la Iglesia: «el rey don Alfonso XIII que Dios guarde». Escuchadlo en las misas catedrales y parroquiales: «¡Señor, guardadnos nuestro Rey Alfonso y nuestras reinas Victoria y Cristina!» Y ¿cómo puede conservar Dios en el trono á don Alfonso, sino conservando destronado y descoronado á vuestro don Jaime?

Preguntadles á canónigos y frailes: «¿quién es vuestro rey?» y os dirán:

—El que paga es el verdadero rey. Este es á quien ensalza la Providencia divina, sin cuya permisión no sube al trono ningún príncipe y no se mueve la hoja de un árbol. Si Dios hubiese querido de rey á don Jaime, El lo habría hecho. El, que es omnipotente. El, que es quien da coronas y las quita; por quien reinan mientras quiere, ó van al patíbulo cuando quiere. Este es el «rey de Dios»: don Alfonso XIII; don Jaime es el repudiado de Dios y el destronado.

Leedlo en esos duros que destináis á comprar pistolas y navajas: leedlo: «Alfonso XIII por la gracia de Dios, rey de España». Ahora, ya no dice «rey de Jerusalén, de la tierra firme del mar Oceano, rey de las Indias, etc.»: en cambio puede decir á semejanza de los antiguos reyes: «de Castilla, de León, de Jaén, de Jerez, de Fuentepinilla, y de los veinte mil pueblos que van despoblándose».

Leedo, amigos: ¡la gracia de Dios!

Dios os ha hecho esta gracia á vosotros, que, como las ranas, lleváis cien años pidiendo «rey» y os encontráis la estaca de la Constitución. ¡Esto sí que tiene gracia!

¿Qué pretendéis, pues, con vuestras oraciones á Dios? ¿Imponerle á El un rey que no quiere? Sed consecuentes, camaradas.

Si Dios quisiera de veras vuestro rey, no necesitaba de vosotros para maldita la cosa. Y cuando no lo entroniza, es que no lo quiere.

¡Pobre D. Jaime!... Heredero de la Jefatura de un partido que hizo tres guerras civiles por Dios y para Dios, y á la postre verse repudiado de Dios...

Dios y el Papa han sido más listos que vosotros; á la chita callando, sin verter una gota de sangre, antes bien engordando cada día, el Papa se ha ido subiendo al trono de España, hoy un peldaño, mañana otro... y ¡cátate ahí al Papa-Rey! Rey efectivo, que tiene acá ese Nuncio pagado por vosotros y por nosotros para fastidiarnos á todos, y que dice á los gobiernos: «hágase la luz, y queda hecha». Fusílese, y se fusila. Suelta á D. Prisco, y es soldado. Estate quieto... y nadie se rebulle. Al trote, y todo el mundo trota: todo el mundo: desde la madre de la Reina Victoria forzada á salir de palacio para oír su misita protestante, hasta los ministros de la Corona, hasta los asilados del hospital...

Todo el mundo, zarandeado por el Vaticano!

Los magistrados, zarandeados por la «Defensa Social»; los oficiales, por la «Vela Nocturna»; la Prensa mala por su Prensa buena... ¡y hasta las meretrices por su Trata de Blancas!... En todas partes está metido el Vaticano; desde el palacio de Oriente al lupanar.

Con más propiedad que el Dios de Moisés, puede decir el Papa: «per me... reges regnant...» ¡Por mí y «para mí», reinan en España los reyes, ministrean los ministros, juzgan los jueces, prende la guardia civil, se dan leves ó se quitan, ciérranse ó ábreanse las tabernas, funcionan ó no las escuelas y trabajan ó no las meretrices... «Per me...» se casan los solteros y se divorcian los casados; nacen legítimos ó hospicianos los hijos; se entierran ó se desentierran los muertos... «Per me...» yo hago y deshago príncipes y gobernadores, santos y excomulgados, herejes y ortodoxos, beatos oficiales y perversos de oficio, fiestas ó días laborales... «Per me...» por mí están gruñendo como puercos en cortijos los respetables Prelados protestantes y los excelsos rabi-

nos... «Per me...» por mí cobran los ochenta obispos, los cien mil frailes y clérigos y las doscientas mil monjas...

«Me ha sido dado todo poder en el cielo, en la tierra y en el infierno...» «Per me!» «Para mí...» España toda para mí...

¡Esto es todo un rey y todo un Papa!

Vuestro rey... hanle quitado el rey y hanle dejado el Papa con el sexo cambiado: «¡Una Papa!»

Los constitucionales pueden gritar á boca llena: «¡viva el Papa-Rey!» Vosotros habéis de decir: ¡viva la Papa!

No, carlistas; ya no tenéis rey.

Y como si de intento se propusiera fastidiaros, ahí tenéis á vuestro D. Jaime III, haciendo de vuestros ruegos el mismo caso que Dios.

Lleváis cien años diciendo al cielo: «Adveniat regnum tuum!» Haznos rey á D. Jaime. Y Dios os responde: «Tomad, si queréis, á D. Alfonso, y si no, fastidiaros: que por lo visto no queréis «mi reino», el que Yo os envío con Mi sabia providencia, sino que queréis al «vuestro» que vosotros forjáis á vuestro antojo. Este es el mío, con todas las auténticas de la consagración y de la bendición papal: la custodia subió las escaleras del palacio á reconocer, sellar y consagrar el Trono con la sangre de Cristo. ¿Qué rey más divinizado queréis? ¿Qué sacramento le falta? ¡Tomad rey! Este el es mío: ¿no os gusta, porque no es el vuestro? Pues, apañáoslas como podáis: que Yo, Dios, le he dado la corona á Alfonso y San Pedro se la ha bendecido.»

Y los carlistas ruega que te ruega. Recorren santuarios y ermitas, hacen ayunos y se disciplinan, y llevan cien años con el mismo sononete al cielo y á los santos: «¡Nuestro Rey... el nuestro!... no «ese» que Dios nos regala sin pedirse... El nuestro, que haga «nuestra voluntad»...

Y cansados de pedirle á Dios un rey cotidiano, piensan en el día de mañana y ¡ay! ven á D. Jaime soltero, correteando por los bulevares de París, encantado con las grisetas, y se le ponen á los pies pidiéndole: «¡Señor rey: dadnos una reina...! ¿Qué parti lo de ajedrez puede ganarse sin rein? Dadnos una «reina»... La reina de los Mercados, si quereis: y luego dadle á entender á ella que nos dé media docena de reyecitos...

¡Y como si no! D. Jaime les está respondiendo: «el que quiera reyecitos, que se los haga. El que quiera reinas... méta-selas en su casa, que yo, en la mía, no necesito reinas: me bastan duceles.»

Y ¡adiós, rey del siglo futuro! Dios les dejaba siquiera la esperanza: «si no hoy, quizás mañana» D. Jaime se las quita para siempre. ¡Se acabaron los reyes y las papas! No va á que lar más solución que acogerse al Papa-Rey.

¡Pobrecitos carlistas! ¡Son dignos de lástima.

En Roma, para fabricar un papa, se reúnen el «Cardenal de la Mona» con los veinte hijos de la Julia Farnesio, de la

Vanozia y de D.^a Olimpia acardenalados, se declaran en cónclave y dicen: «¡Papam habemus!» ¡Ya tenemos Papa! El hijo del sastre, el porquero, un borrachín, un blasfemo, un perillán... ¿la quiera sirve. Y cádate el Papa hecho.

Y todo el partido carlista con todos sus duques, condes y archipámpanos, no son capaces de hacerse un rey... Han de pedirselo á D. Jaime, á quien de un día á otro le van á juzgar la diablura que los carlistas del siglo XIII jugaron al padre de Jaime II, encerrándole en una cámara oscura con su mujer y no dejarle salir hasta que la reina diga: «¡factus est homo!» «ya está el reyecito en camino».

Como no lo hagan así, se les acabó la fuente de los reyes. El día que D. Jaime se incapacite por muerte, por chifladura ó por abdicación, ¿quién proclamarán los carlistas como testafarro de sus veleidades?

¿Al Papa? ¿A Alfonso XIII? ¿Al príncipe de Caserta? ¿Al P. Corbató? ¿Al marido de D.^a Elvira? ¿Al duque de Medinaceli? ¿A alguno de los descendientes del arzobispo de Zaragoza ó del obispo de Palencia?

¡Pobres carlistas! Ya estoy viendo yo á Mella yendo por el mundo, linterna en mano, hecho Diógenes del carlismo, buscando... buscando... y volver al Congreso para decir filosóficamente:

«¡Correligionarios; qué tiene de extraño que no encuentre yo un rey entre los hombres, cuando Diógenes no encontró un hombre entre todos los brutos!...

Consoláos, carlistas del año 1912. Si vosotros estáis haciendo el memo todavía, más lo hice yo y más lo hicieron mis antepasados, que de sus sacrificios sacaron veinte años de destierro, diez años de vida montañesa y lobezna, el estacazo alfonsino por la derecha, el puntapié pontificio por la izquierda, diez mil porrazos, cuatro balas en el pescuezo, la ignominia ante el pueblo, el dolor en la conciencia, y para sus hijos este linde espectáculo de ver sentados á una mesa al Nuncio y el ministro, partiéndose el jamón de la patria, y respondiendo á los gritos de los combatientes de la calle, entre regüeldo y regüeldo:

—¡Qué brutos, eh, señor ministro!

—¡Echemos otra copa, mi señore!

Y á coro brindar: «¡Por Dios, por la Patria y por el Rey! Todos nuestros.»

S. PEY ORDEIX

Sindicalismo católico

Sin duda está en moda la palabreja y ya la adoptaron los núcleos de obreros católicos, núcleos de traidores hasta el advenimiento del P. Gerard; pero ¿qué hay detrás de esa palabra?

El P. Gerard ha tronado contra los ricos y ha condenado la pasividad de los obreros católicos instándolos á organizarse y á pelear por el mejoramiento de las condiciones de trabajo.

Pero eso es lo menos del sindicalismo verdadero; eso es lo circunstancial, lo dia-

rio, lo que implica conducta; no el ideal, la finalidad, el objetivo.

Parece que el incipiente movimiento no se propone sino hacer efectivo por la acción el anhelo de la encíclica de León XIII, esto es, el salario justo y decoroso y la jornada humana.

Mas esto aún pareciendo mucho es poco en efecto, ¿quién determina, quién puede fijar los límites de lo justo y de lo decoroso para el salario y de lo humano para la jornada?

El obrero de campo inglés con cinco pesetas oro de jornal, nueve horas de jornada y el pan á 25 ó 30 céntimos kilogramo estima corto su salario y excesivo su trabajo, y, sin embargo, es un favorecido de la fortuna, casi un rico al lado del bracero jerezano con cinco reales de jornal, doce horas de jornada y el pan á 48 céntimos.

¿Dónde, pues, está el límite? Porque es indudable que la encíclica quiso fijarle, puesto que en ella se defendía la propiedad privada de los elementos de producción y de cambio, de lo que se conoce con el nombre genérico de «capital».

Y por latos que sean los límites que el P. Gerard y el naciente sindicalismo católico fijen al salario, siempre resultará... salario, y en esto precisamente radica la diferencia esencial de este sindicalismo respecto del otro.

Porque el otro, profundamente lógico y esencialmente revolucionario, considera que salario y justicia son términos antagónicos, y así va como puede á la supresión del salariado por la reintegración á la sociedad de los medios de producir y de cambiar.

Que no haya asalariados sino una humanidad de productores, que la jornada tenga por límites las necesidades de la sociedad, es el ideal, y no creemos que lleguen ahí el P. Gerard y sus sindicatos católicos.

Y aunque llegaran. Cuando leáis alguna apología del cristianismo, de la Iglesia, lo primero que ven vuestros ojos es que por ellos fué redimido el esclavo; y sin contar con que el salariado es esclavitud, ésta perduró hasta el último tercio del siglo XIX.

En España, en la catolicísima España, la hija predilecta de Roma, la patria del Padre Las Casas, Romero Robledo se oponía á que se la suprimiera en Cuba y en Puerto Rico ya en plena restauración borbónica, por cierto sin que curas, frailes, obispos y prelados se creyeran en el deber de salir al paso á aquel nefasto político, ni á los que como él pensaban.

¡Sindicalismo católico! Sea; pero díganosenos hasta donde llega este sindicalismo.

J. J. MORATO

El enigma de las armas de Llorens

Se está tramitando en el juzgado la causa de la compra-venta de las armas pivantes á las fábricas nacionales. Un punto de mira de este escándalo ha sido olvidado y es el siguiente:

Llorens pudo haber adquirido fusiles y cañones y cuanto hubiese querido de las fábricas extranjeras, francesas, alemanas ó belgas.

Pudo haber adquirido fusiles en las fábricas particulares de España que han circulado profusamente por conventos y centros clericales sus catálogos.

¿Por qué ha despreciado estos medios sencillísimos y exentos de todo peligro, y

ha acudido á las fábricas nacionales, sabiendo de antemano el conflicto que había de crear la marca de nuestras fábricas?

No se concibe la *locura* de Llorens como acto racional sin este deliberado propósito de provocar el conflicto.

Y de este intento hay que buscar toda la historia desde su origen y todo su alcance final, caiga quien caiga.

La prensa diaria da como confesión judicial de Llorens la siguiente:

«Ante el juez reconocí que, recientemente, había intervenido en una compra de armamento para la República del Paraguay, como un favor especial que le fué pedido por la representación de aquella República en París».

Queda, pues, perfectamente demostrado todo cuanto *El Radical* afirmó.

EL SR. LLORENS HA COMPRADO RECIENTEMENTE ARMAS PARA EL PARAGUAY. Si el interesado lo hubiera negado, le hubiéramos confundido con la demostración; habiéndolo él reconocido, queda relevada toda prueba.

También se ha demostrado, por la gestión de Soriano, que los cartuchos y los fusiles cogidos á los *paivantes* son de nuestras fábricas; nadie ha desmentido que el armamento comprado para el Paraguay se embarcó en el barco *Romanita* en ocasión en que estaban á bordo significadas personalidades del jaimismo...

Estos hechos íntimos son irrefutables.

El hecho de la representación paraguaya de Llorens, queda por averiguar.

¿Es verosímil que el gobierno del Paraguay, para comprar legalmente armas en España, dé el encargo á sus ministros de París prescindiendo de los de Madrid?

La firma de los ministros paraguayos de París ¿está acreditada en las fábricas nacionales de armas?

Si no lo está ¿quién ha legalizado aquellas firmas: el Embajador de España en París? ¿El ministro de Estado con omisión de aquella Embajada? ¿La representación oficial del Paraguay en Madrid?

He aquí que el enredo se va complicando en vez de aclararse.

El enigma es cada vez más enigmático.

Signos de los tiempos

He aquí la Proposición presentada el 7 del actual por la minoría republicana del Ayuntamiento de San Sebastián:

«La minoría republicana, penetrada de que el pueblo de San Sebastián está en el caso de cumplir ahora, porque es el momento oportuno para ello, la deuda de gratitud que tiene contraída con todos sus bienhechores que han contribuido al progreso de la ciudad en la centuria de 1813 á 1913, entre los cuales descuella en estos últimos años, de modo muy relevante, la ex-regente del Reino doña María Cristina, propone al Excmo. Ayuntamiento se sirva acordar se erija el monumento conmemorativo é histórico propuesto por la Junta del Centenario y acogido por la Comisión de Obras en el informe que ha tenido á bien retirar, cuyo monumento, según expresión de dichas entidades, ha de ser coronado con la efigie de doña María Cristina.

Así bien, propone dicha minoría que, para la erección de dicho monumento se consigne por V. E. como crédito las ciento veinticinco mil pesetas que aparecen con-

signadas en el Presupuesto formado por la Junta del Centenario y su Comisión de Arquitectos, y que se haga un llamamiento al pueblo de San Sebastián para que por medio de una suscripción pública contribuya á la erección de dicho monumento, dándole el carácter popular que esta manifestación de gratitud debe tener.»

Pasarse á la monarquía hubiera sido menos vergonzoso.

A los obispos

O traicionais al rey constitucional que os nombró, tolerando que los carlistas preparen en nombre de la religión la guerra civil, con el propósito de destruirle;

O no tenéis autoridad sobre los bandos católicos;

O suponéis que vuestro poder es tan firme que no puede conmoverlo catástrofe nacional alguna;

O sois tan cortos de alcances que no os dais cuenta de que la derrota del carlismo esta vez será tan completa, que arrastrará consigo una porción de cosas que todavía reputan sagradas los imbeciles, coreados por los pillos.

Escoged de esos cuatro enunciados el que mejor os plazca, si no queréis apropiároslos todos, y no os quejéis mañana de lo que sobrevenga.

La culpa busca la pena.

¿Lo que varían los tiempos!

El jesuitismo debutó *reventando corridas de toros*.

Fué en Gandía donde se ejerció en esta labor.

Cuando iba á comenzar la corrida, salían del colegio los jesuitas, llevando delante un Cristo y agitando una campanilla; seguía la procesión con cráneos, huesos de muerto, cubiertas de ceniza las cabezas y dándose disciplinazos en medio de la plaza hasta que el público, *reventado* por aquel espectáculo macabro, abandonaba á los toreros.

Estos relatos se enviaban á Roma como donosuras de los hijos de Loyola, y hacían mucha gracia.

Pues ahora en Loyola y en Vitoria y en Azpeitia, detrás de la comunión, corrida de toros y cucuñas.

El P. Lasquiabar y *Bombita* han sido los héroes de la fiesta. El *cordero de Dios* en la Iglesia, y el *toro Miura* en la calle.

Y además un coro de 130 señoritas, hijas *espirituales* de los Padres.

Dentro de unos años, tendremos á la Loreto Prado y Chicote trabajando en la Basílica loyolana.

Y unos añitos más tarde, el Kursaal jesuita, con *foyer* y reservados... todo á mayor gloria de Dios.

La santa corrida, la santa cucuña, el santo fusil... todo santo.

Esto es *luz del cielo*, *virtud*, y *descomerse* en España.

..

Una observación.

En los panegíricos de Ignacio, ningún

orador jesuita ha aludido á la *quemada* que le administró en estatua la Inquisición, según hemos demostrado en *El Morín*. Y en lo tocante á la vida del santo han pasado como sobre ascuas, como diciéndose: *peor es mentallo*.

De modo que quedamos en eso: en que fué quemado.

El que calla, otorga.

Los Gobiernos

¡Qué mansos, qué bonachones, y qué tolerantes son nuestros gobiernos con los jesuitas!

De ellos ha dicho horrores un loyola en Azpeitia, y como si tal cosa.

Un botón de muestra:

«Pero... ¿que gobiernos se preocupan del lema hermosísimo bordado en la bandera que tremola el militar antaño convertido en apóstol de Cristo? Si los particulares buscásemos únicamente la gloria de Dios en nuestras obras... ¡qué bien se reportaría á esas mismas obras!... Pero, ¡cuánto y cuánto se persiguen la gloria propia, el aplauso, el elogio, el afán de distinguirse y de que el mundo se fije... y qué pocos son los que con rectitud de intención, no quieren más que la gloria de Dios y para nada la suya!...»

Tiene razón ese «mamarracho» (así llamaban los Padres Jesuitas á Carlos III, bisabuelo de Alfonso XII); tiene razón de quejarse de los gobiernos. Si se preocupasen de la gloria de Dios y de la vergüenza, no quedaría en España un jesuita.

Como si los particulares buscasen sólo la gloria de Dios, los jesuitas serían dueños ya hasta de las cloacas; pues mientras los demás mirarían al cielo, ellos les sacarían del bolsillo hasta los forros.

¡Leña, pues, á los gobiernos liberales jesuitas! El Estado es el burro; la Compañía el ginete; jarre, burro!

La iglesia no tiene partido político...

Dijolo Laguarda, el primo de la prima que pide limosna en Barcelona, y le contestan sus clérigos llenando los círculos carlistas y exhibiéndose nada menos que cinco en la fotografía que reproduce en el número anterior del Requeté, de Grannollers.

«Dios arrancará la lengua al bilingüe y al embustero le amordazará» dice el Señor.

«¡Cúmplase, Señor, tu santa palabra» nos enseña á decir la Escritura.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

EL MOTIN



Suplicio de Fray Jerónimo Savonarola.

Ayuntamiento de Madrid

(Dibujo de Ricardo Balaca).

NOVEDAD VIEJA

Los periódicos madrileños que hacen regalos á sus suscriptores, sostienen actualmente una curiosa y erudita conversación acerca de cuál fué el primero que tuvo tal ocurrencia.

Si se refieren á estos últimos tiempos, allá que diluciden la cuestión los interesados; mas si se remontan á la idea-origen, quiero recordarles que allá por los años cuarenta y tantos del siglo pasado, ya la practicaba en Francia *Jerónimo Paturot*, sin que yo sepa si la utilizó antes que él otro alguno.

En el capítulo V, titulado *Paturot periodista*, después de explicar al pormenor la fundación del periódico *El Aspid*, en unión del médico Saint-Ernest y del abogado Val'mont, y de los esfuerzos inútiles y desesperados que hizo para alcanzar suscripciones, dice que un día, cuando ya estaba resuelto á matarlo, salió Saint-Ernest por este registro:

«—Amigos míos, dijo, tengo un medio de salvar nuestro periódico, y es el siguiente, que os entrego sin reclamar privilegio de invención. Hasta hoy hemos pedido al público dinero en cambio de un periódico: eso es demasiado exigir. Pidámosle dinero, pero ofrezcámosle á la vez un periódico y otro objeto de un uso habitual; por ejemplo, un paletó, ó un par de botas. Mi plan es muy sencillo. Un periódico no es más que un consumo de lujo; se le usa, pero no sirve de nada; es un recreo, pero no una necesidad. ¿Se puede decir otro tanto de un par de botas ó de un paletó? Seguramente no: todo hombre tiene necesidad de calzar y vestir. Sentados estos precedentes, ¿qué debe hacerse? Ofrecer un paletó y un periódico en cambio de una suscripción; de este modo tendréis dos especies de consumidores; unos tomarán el periódico por el paletó; y otros, los menos, tomarán el paletó con motivo del periódico; esto es infalible.

»La idea era soberbia, y fué acogida con el mayor entusiasmo; pero se la amplió por medio de la discusión. Fácil fué establecer que para operar en grande escala, era menester llamar la atención del mayor número posible de consumidores. Todos los productos del arte y de la naturaleza, todos los objetos alimenticios, todos cuantos refiramientos crea el lujo, debían traerse á la colada, para sacarles provecho. Por cien suscripciones se tenía un mueble de salón; por mil se podía tener una casa de campo. Cuatro pasteles de Chartres y un periódico componían una suscripción.

»Pusiéronse manos á la obra para redactar una tarifa que era un verdadero modelo de conocimientos mercantiles y de seducción literaria. En ella se tocaba siempre al suscriptor en su parte sensible como consumidor. Si no le atraía un sombrero de fieltro, se dejaba coger en un tapiz de Aubusson; si un ejemplar de las *Obras completas de Walter Scott* no te-

nia el don de seducirle, no resistía á los atractivos de un tonel de vino de Medoc ó una pipa de rancio Borgoña.

»Una vez sentado el negocio en estas bases, tiráronse prospectos y circulares; se hicieron anuncios y se pusieron en movimiento las mil campanas de la publicidad. Lo que Saint-Ernest había previsto sucedió: los suscriptores comenzaron á acudir. Ninguno de ellos fijaba su atención en el periódico, lo cual era un poco humillante para la redacción; pero todos cuidaban de que la calidad del objeto fuese garantizada de buena ley. Las mujeres acudían á suscribirse á *El Aspid* y un chal; los estudiantes tomaban una suscripción y varias pipas de lo rancio.

»De este modo se sostuvo la boga durante unos meses, pero á poco empezaron las quejas. Todos los días estaba la oficina llena de suscriptores haciendo reclamaciones, y entregándose á una confusión de ideas las más extrañas.

—Vuestro periódico era de mala piel, decía uno; el día que me lo calcé se me llenaron los pies de agua.

—¿Sabéis que vuestra cazuela de higa-do de cerdo estaba malditamente redactada esta mañana?, decía otro.

—¿Quién me ha construido un *Aspid* como éste?, decía un tercero. Esto es de nogal quemado y no de caoba.

—Tomad vuestro pantalón de cuero de lana, exclamaba un cuarto: sus principios políticos no me convienen.

»Evidentemente nos hallábamlos metidos en una segunda Babel. Parecíase aquello mucho á la pieza del teatro de Variedades, que se titula: *Mi mujer y mi paraguas*. Confundiase nuestro diario con los objetos de consumo, y sobre él recaían las pedradas merecidas por todas las chucherías que se despachaban á su sombra. A pesar de los inconvenientes inseparables de este nuevo comercio, nos mantuvimos firmes durante algún tiempo. Nosotros dimos libros, tira-botas, música, cestos de ostras, bibliotecas de educación y jamones de Bayona; en una palabra, levantamos un bazar al lado de una fábrica de frases. Aquello era la alianza de las musas y de las artes, la unión del pensamiento y de los hechos, el matrimonio de la poesía y del comercio.

»¿Qué nos importaba á nosotros, hombres de genio, el trabajo mercenario que se efectuaba á nuestro lado? *El Aspid* tenía vida, y salía: este era nuestro único cuidado, nuestra idea fija. Sucede con un periódico lo que con un hijo, que cuanto más enfermo está, más se le quiere; sobre todo, cuando el hijo es el primero, parece increíble la solicitud con que se le cuida, lo mucho que se le ama, y cuántos sacrificios está uno dispuesto á hacer por él. Yo había fundado *El Aspid*: él era mi vida, mi gloria, mi esperanza y mi dolor. Hasta en los medios desesperados que empleábamos, se traslucía no sé qué sentimiento de paternidad que los hacía respetables. ¡Ay, cuántos de los jóvenes que hoy escriben, aun aquellos que han logrado colocarse en las esferas más seguras, han pasado por las mismas prue-

bas y comenzado su carrera bajo los mismos auspicios!

»Sin embargo, estaba escrito que no habíamos de salvar nuestro periódico moribundo. Los recursos del empirismo no pueden suplir las condiciones regulares de la vida. *El Aspid* debía morir, y murió: el comité de redacción se dispersó.»

Hasta aquí *Jerónimo Paturot*.

Dos jesuitismos

Los protestantes españoles, que tienen personalidad jurídica reconocida, no emplazarán en los tribunales al jesuita que en la capilla del Colegio Aguirre de Vitoria ha puesto á Lutero como un estropajo, en los siguientes términos:

«Lutero es la negación, San Ignacio la afirmación; Lutero las tinieblas, San Ignacio la luz; Lutero el error, San Ignacio la verdad; Lutero el vicio, San Ignacio la virtud.

»Dijo luego que la mayor gloria de San Ignacio es la fundación de la Compañía de Jesús, en tanto que la obra de Lutero puede llamarse la fundación de Satanás. San Ignacio representa á Dios, Lutero á Luzbel.»

Y como quiera que no protestarán ni ellos ni las embajadas de Alemania é Inglaterra, que tienen como religión oficial del Estado la protestante; y como quiera que el hacerlo no les costaría más que querer; y como quiera que con levantar el dedo los embajadores, ese orador sería pasado á arador... por esto y por otras razones concluimos: tan jesuitas son los unos como los otros.

Ya sabemos, pues, que á dichos embajadores no les importa que se diga en los pulpitos de España, que sus Estados tienen consagrado el vicio, el error y la impostura. Y como quiera que la higiene reclama limpiar la casa de todo foco de vicio y de corrupción, el jesuitismo maurista-canalejista está en el pleno uso de sus derechos al hacer contra los protestantes todo cuanto hace.

Jesuitas negociantes

A lo expuesto en el articulejo anterior debemos añadir lo siguiente.

Cuando los jesuitas se establecieron en Cartagena (Colombia), quisieron hacerse dueños de todos los vehículos que se empleaban para el transporte de las mercancías desde esta ciudad á Quito. Los mercaderes de Quito bajaban á Cartagena para comprar las mercancías que llegaban en los galeones de España, utilizando canoas, por el río Magdalena. Los jesuitas, que tenían una casa de banca pública en Cartagena y Quito, se fijaron en lo que podía producir lo de los carruajes y canoas, y con pretexto de confesar y decir misa á los que se quedaban para la custodia de las mercancías en los almacenes, se establecieron en las márgenes del citado río y se introdujeron

en los puertos de Onda y Mompox, edificando casas y capillas. Poco después construyeron almacenes, y luego exigieron á los comerciantes de Quito que desembarcasen allí sus mercancías, puesto que ellos les daban dinero en Cartagena para ser pagados en Quito. El negocio salió bien y compraron gran cantidad de mulos para transportar mercancías hasta el puerto de Barranca, desde el cual se trasladaban á las canoas. Los que antes ejercían estos tráficós se vieron arruinados; pero los jesuitas no se detuvieron ahí: construyeron sesenta embarcaciones pequeñas y un gran barco, que enviaron desde Cartagena á España abarrotado de mercancías, con orden de que al regreso pasara por Angola y allí cargase negros para que remasen en sus barcos fluviales; así sucedió, trayendo el barco seiscientos esclavos negros, de los cuales vendieron algunos, y los otros los enviaron á sus canoas. Pero los antiguos transportadores de mercancías se quejaron al Consejo de Indias, y mientras que el Consejo decidía quemaron todos los barcos jesuíticos, y luego el Consejo prohibió en absoluto á los jesuitas el que poseyeran almacenes, ni mulos, ni canoas para el transporte, perdiendo en este negocio prestigio y dinero.

En la misma ciudad de Cartagena había una laguna, que los jesuitas se apresuraron á pedir al rey como cosa de poca importancia; otorgósele el rey, que ignoraba cuál era su valor; pero habiéndolo sabido la ciudad, hizo presente al rey que aquella laguna producía más de diez mil pesos al año, oído lo cual, el rey ordenó que se desposeyera á los jesuitas de lo que habían obtenido con fraude y mentiras.

La Cartuja de Evora tenía bienes muy importantes en Granada, y los jesuitas se los pidieron al rey como indemnización de lo que habían perdido con motivo de la rebelión de Portugal. Se les concedió, pero los cartujos de Granada formaron proceso á los jesuitas en 1649 sobre esto. Ignoro si el pleito se falló en justicia, aunque lo más seguro es que se quedaran los jesuitas con los bienes de los cartujos, como hoy se han quedado con la iglesia y Cartuja de Granada.

Los jesuitas obtuvieron de Felipe III permiso para fabricar un millón de escudos con el fin de que edificasen el sumptuoso colegio de Salamanca; pero ellos no se conformaron con uno y acuñaron cuatro, y hubieran continuado acuñando si no se les hubiera prohibido rigurosamente. Por cierto que las monedas de cuatro maravedies que hicieron eran tan pequeñas, que el vulgo las llamaba *las jesuitas* para distinguirlas de las nacionales, siendo ellos la causa de la baja que la moneda española tuvo en aquella época, pues llegó á una depreciación exageradísima, debido á la actividad con que funcionaban los cuños clandestinos jesuíticos.

Los jesuitas de Granada edificaron en 1641 en Santa-Fe un molino. Los reyes católicos hablan concedido á los prime-

ros habitantes de esta villa que hicieran un canal desde el río Genil para regar sus tierras, canal que nadie podría utilizar sin su permiso. De este canal quisieron apoderarse los jesuitas, pero tropezaron con la tenacidad en la defensa de su derecho de los legítimos poseedores. Esperando que la Chancillería de Granada les protejería en este asunto, como en otros, compraron un trozo de terreno contiguo á Santa-Fe, y el Padre Fonseca, rector entonces de dicho colegio, llamó á un hermano coadjutor, que era arquitecto y constructor, y le ordenó hiciese un molino de madera, con tal arte dispuesto, que en una noche pudiera ser emplazado y funcionar. Hizolo así el buen lego, y durante la noche, bien acompañado de operarios y sirvientes de la casa, trasplantó el molino al terreno que poseían contiguo á Santa-Fe, lo armaron, hicieron un cauce para traer el agua del canal y la rueda comenzó á moer. Un notario bien pagado levantó acta de que había visto funcionar el molino sin contradicción de nadie, y recibió la declaración de más de veinte testigos que dijeron lo mismo. Con esto se creyeron los jesuitas inexpugnables en su pretendido derecho. Los habitantes de Santa-Fe vieron á la mañana siguiente el molino funcionando, no sin gran sorpresa; se reunieron en concejo, y capitaneados por un oficial llamado Tomás Muros, fueron al molino jesuítico, lo arrasaron, cegaron el cauce y no dejaron un palo en pie. Los jesuitas viendo su molino arruinado, fueron á presentar sus quejas á la Chancillería, y las pruebas de su pacífica posesión del molino. La audiencia de Granada citó y apresó á varios habitantes de Santa-Fe; los jesuitas no negaron el dinero en este proceso y poco faltó para que no se decretase la restauración del molino á sus expensas; pero uno de los jueces, D. Pablo Vazquez de Aguilar, hizo triunfar la justicia, y los jesuitas perdieron el pleito y las costas, y se quedaron sin molino.

¡Todo sea por Dios!

FRAY GERUNDIO

Golita de lo del subsuelo

El Director de Fontanería-alcantarillas, que al cabo pertenece al digno cuerpo de Ingenieros militares, obrando con el pundonor consiguiente, ha presentado la dimisión de su cargo. Cosa natural después de evidenciado el enorme conjunto de equivocaciones é infracciones legales que constituyen el proyecto y el concurso que la resolución final del Gobierno, por el Ministerio de Fomento, arrojó á la sima de lo inútil y aún perjudicial.

El Ayuntamiento no admitió esa dimisión, y estimamos que realmente no estaba capacitado para admitirla; no sólo porque el Ayuntamiento había aprobado todo lo hecho por el Ingeniero Director de Fontanería-alcantarillas, sino porque éste fué, según nuestras noticias, mero

ejecutor de las inspiraciones de los elementos que gobiernan en el municipio.

Pero si en el Ayuntamiento se obrara con el mismo pundonor de que ha dado prueba el Director de Fontanería-alcantarillas, todos los concejales que aprobaron aquel absurdo engendro del alcantarillado tubular para el interior de Madrid, con los innumerables gazapos, ciervos y jabalies que se evidenciaron en innumerables artículos de la prensa y en «la Sentencia del Pueblo», debieron haber dimitido.

Y no decimos más porque sabemos que aquí (donde las leyes sobre responsabilidad son constantemente holladas por los gobernantes) no es costumbre que á los que perjudican los intereses del pueblo, aunque sea tan gravemente como en el presente caso, se les juzgue cual se hace en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania y demás pueblos verdaderamente cultos, que están á la cabeza de los civilizados, porque los intelectual ó moralmente deficientes no pueden gobernar en ellos, en razón á que los malversadores y aún los malos administradores son en dichos pueblos responsables realmente de sus actos.

EL MARQUES DE ZAFRA

Suplicio de Savonarola

EN 23 DE MAYO DE 1498 EN FLORENCIA
QUEMADO DE ORDEN DEL PAPA
POR COMBATIR LAS INMORALIDADES
DE LA CORTE ROMANA, DEL CLERO Y DE
LOS FRAILES.

He aquí la forma en que describe un historiador su suplicio, y el de sus dos compañeros, fray Silvestre y Benvicini:

«Condujéronlos á la plaza donde habían alzado el instrumento del suplicio.

Un tablado de la altura de un hombre, cubierto de materias combustibles, sobre el cual descollaba una horca en forma de cruz.

Un puente de madera conducía desde la cárcel al tablado.

Había sido el puente tan mal construido y peor guardado, que una porción de muchachos se ocultaron debajo de sus arcos y metieron por entre las tablas mal unidas palos puntiagudos, con la dañina intención de lastimar los pies de los condenados.

La plaza estaba llena de curiosos. Unos silenciosos y aterrados, otros insolentes y alegres.

Por todas partes resonaban los gritos de una multitud ansiosa de ver quemar á los que antes adoraba.

Tres tabladós se habían levantado en la plaza para las autoridades que debían presenciar la ejecución; uno, para el obispo de Vaison, encargado por el Papa de degradar á los culpables. El segundo para los comisarios apostólicos y el tercero para el tribunal de los ocho. Después que bajaron de la prisión fueron los conde-

nados despojados de sus vestidos, dejándoles solamente una camisa de lana. En tal estado los condujeron ante el primer tablado, donde según los usos de la Iglesia los revistieron de los ornamentos sacerdotales para despojarlos en seguida.

El obispo de Vaison tomó entonces á Savonarola por la mano y le dijo:

—Te separo de la Iglesia militante y de la Iglesia triunfante.

—De la Iglesia triunfante no, contestó Savonarola; esto no está en vuestro poder.

Concluida esta ceremonia, condujeron á los pacientes ante el segundo tablado donde Romolino les leyó la sentencia de muerte, como acusados y convencidos de heregía; pero ofreciéronles en nombre del Paps una indulgencia plenaria por todos sus pecados.

Las jueces civiles colocados en el tercer tablado, confirmaron la sentencia y los tres desgraciados fueron conducidos al suplicio (1).

Llegados al pie del cadalso se arrodillaron, después de haber pedido inútilmente que les amarrasen la camisa á las rodillas.

Encendieron la hoguera y después colgaron de la horca que se alzaba sobre ella á fray Silvestre, que murió el primero entonando el versículo del Salmista. «En tus manos Señor, encomiendo mi alma.»

Después tocó el turno á Buonvicini, que dió muestras de ánimo esforzado y de resignación hasta el último momento.

Reservaron á Savonarola para el último á fin de que viera las supremas convulsiones de la agonía de sus dos amigos.

Savonarola, dice Guicciardin, murió convencido de su inocencia y penetrado de los más vivos sentimientos de caridad. Sostenido por la esperanza no desmintió su firmeza ni dejó escapar palabra alguna de confesión ni de protesta.

Otros pretendían que dijo antes de morir:

«¡Ah, Florencia, que haces tú hoy!»

(1) En la galería del Marqués Corsini en Florencia, existe un cuadro de Pollajuolo en que está fielmente reproducida esta escena.

ASESINOS CLERICALES

El obispo de Jaca.—Un asesinato.

Telegrama de la prensa:

«ASTORGA, 11 de Agosto de 1912.—Ha sido asesinado en el pueblo de Alvarez, (donde está veraneando el obispo de Jaca), el concejal D. Pedro Vázquez.

El crimen obedece á parcialidades políticas mantenidas á sangre y fuego por los partidarios del célebre obispo, que vienen procediendo de una manera violenta en la política de campanario de esta comarca.

Han sido detenidos el *chauffeur* de don Antolín y otros vecinos partidarios del guerrillero obispo.»

Los obispos están de enhorabuena.

Laguarda tiene en Barcelona los asesinos de Granollers.

Guisasola, los de Valencia.

Antolin, los de Astorga.

Ya los jesuitas no son los únicos que disponen de Ravallacs.

Mala sombra tiene D. Antolín:

Su automóvil atropella en Madrid á los niños.

Su *chauffeur* está preso como homicida...

¡Vaya un Maestro de Israel!

Otro crimen carlista

Un sujeto perteneciente á la Juventud Carlista, conocido por el *Chato*, encontráse con D. Alfredo Pérez, radical, en la calle de Cervantes, (Valencia). Entre ambos mediaban resentimientos, originados por las colisiones ocurridas hace poco en el poblado de Ruzafa.

A los pocos minutos del encuentro, y cuando no podían haber mediado una docena de palabras, sonó un disparo, del que resultó gravemente herido en un muslo el Alfredo Pérez, que fué conducido inmediatamente al hospital, mientras el agresor se daba á la fuga.

Ha llegado el momento de preguntarle al gobierno, si piensa ó no dictar medidas enérgicas que acaben con la *apachería* clerical, para que ésta no llegue á creerse que la patrocina y continúe asesinando á diestro y siniestro.

Por que, de seguir esto así, habrá que tomar una orientación nueva para defendernos de la canalla católica.

De no ocurrirnos otra mejor, podría ser la siguiente: Interrogar á los jefes carlistas y á los obispos ídem en esta forma:

«¿Sabéis por qué fué fusilado Ferrer? Por supuesto inductor de la revolución de Barcelona. La Iglesia y el Estado cobraron en él todas las cuentas de la revolución. Siguiendo el ejemplo, el Pueblo os hará á vosotros responsables de los actos que ejecuten vuestros subordinados.

Si os ríais de esta responsabilidad, por que el Pueblo no puede hoy exigirlos, haríais muy mal, pues yasabéis lo de

«El mundo da muchas vueltas, y ayer se cayó una torre.»

Y no os arrendaríais la ganancia, si un día se convenciera el Pueblo de que, llegada la ocasión oportuna, debía ir contra los amos que azuzan, antes que contra los perros que muerden.

Larvas de bandidos

Se presentaron en Villaviciosa doce ó catorce requetés de Gijón, á tambor batiente, tocando las cornetas, provocativos, desvergonzados, y se les unieron otros granujillas locales de su promoción.

Pasearon varias calles lanzando frases canallescas, dando vivas subversivos y excitando en varias formas al vecindario, hasta que al fin estalló la indignación pública, dando muerte á D. Jaime y á los requetés.

Estos hicieron más de veinte disparos, pues todos llevaban browings, resultando un herido grave y tres leves.

El Noroeste, diario monárquico de Gi-

jón, pone al hecho el siguiente comentario, que le honra por lo sincero:

«De lo que ha ocurrido ayer en Villaviciosa, quizá nosotros, los periódicos liberales, no estemos exentos de alguna culpa.

Sólo á guisa de información, y en tono de chacota más bien, hemos dado alguna que otra noticia de lo que venía ocurriendo con el requeté jaimista gijonés. Tal vez de otro modo nada hubiésemos conseguido, dada la pasividad de las autoridades en toda España, sobre la conducta del jaimismo; pero confesamos que debimos haber advertido el peligro que significaba el instruir militarmente á unos cuantos niños, dotándolos á la vez de pistolas browning que sólo se han hecho para los hombres.

Porque reputamos doblemente punible lo que en Gijón viene ocurriendo con los jaimistas desde hace dos ó más años.

Públicamente, en la playa, en la eria del Piles, y en otros sitios no menos concurridos, han evolucionado, al son de las cornetas, unos cuantos mocosuelos, instruidos por algunas personas mayores que, al parecer, no dieron la cara ayer en Villaviciosa. Y enseñar á los niños á andar á tiros, poniendo en sus manos armas de precisión, ni es humano ni lo admiten los elementos más revolucionarios. Todo eso es simplemente un acto de cobardía y un delito de lesa humanidad.

Y las autoridades sabían eso y recibían con frecuencia quejas de los vecinos, lamentándose de los escándalos que el requeté jaimista provocaba con sus toques de corneta á cualquier hora del día y aún de la noche.

Debieron saber también, que el requeté gijonés iba ayer á Villaviciosa, en «paseo militar», provistas todas las unidades de armas cortas y con todo el bagaje é impedimenta que el caso requería, y á pesar de esto nada hicieron por impedirlo, y se les consintió que entrasen en la villa hermana á tambor batiente, y que además provocasen las iras de aquel vecindario pacífico con sus alarides guerreros y sus gritos subversivos, que al fin dieron lugar á que corriese la sangre por las calles villaviciosinas.

No hace mucho se reconcentraron fuerzas armadas en Gijón, porque se decía que iba á celebrarse un mitin obrero ó algo parecido; y, sin embargo, nuestras paternales autoridades, empezando por el apacible gobernador civil, no se han preocupado ni una vez siquiera de enterarse de los manejos del jaimismo en Gijón, y sobre todo de sus trabajos, que pudieran calificarse de corrupción de menores, ya que ese requeté está formado por niños de 10 á 15 años, aproximadamente.»

De acuerdo: sin la puritable indiferencia de todos los que de liberales blasonamos, no hubiese podido levantar cabeza el carlismo.

Otro bárbaro

Celebra Pamplona sus fiestas, y en un salón de Varietés, en el real de la Feria, actuaba una cupletista.

Durante el espectáculo, y en el momento que el público ovacionaba á la cantatriz, un sujeto silbó estrepitosamente. Protestaron los espectadores y entonces el de los silbidos sacó un revólver, y hizo un disparo contra la azorada artista, volviendo después el arma contra los espectadores.

res, deque gritaban indignados. La intervención e la policía evitó nuevos disparos. ¿Qu quien era aquel bárbaro? Un tal Mario Aquerrets, católico de oficio y carlista de vicio.

¡Ahora lo comprendo todo!

Y hasta lo necio de mi pregunta: ¿Quién, sino un carlista, puede dar tan gallarda muestra de salvajismo?

El dinero, las monjas y el prohombre de la monarquía

Sor Juana de la Consolación está inconsolable. Después de maitines ha tomado un pocillo de chocolate, en el que ha untado dos rebanadas de pan tostado. ¡El último pocillo del rico chocolate! Luego ha entrado en su celda; ha revuelto un poco en el cajón de la mesita. En el suelo hay dos hatillos. En uno de ellos ha metido ahora el crucifijo, unas gafas de repuesto y unos membrillos. Luego ha cerrado la celda, y renqueando, llorosa, ha bajado al huerto.

Junto a un arriate está sor María de la Transverberación. Ambas son ancianas, casi obesas, con el rostro lleno de arrugas y sobre los labios y debajo de la barba unos pelos gruesos, grises, que han crecido allí como los hierbajos en jardín inculto.

—¿Pero dónde tendrán la cabeza la madre priora y la procuradora?

—¡Ay hermana, qué se yo!.. Son jóvenes: no tienen experiencia, ni el cariño que nosotros tenemos á estos muros. Cincuenta años hace que estoy yo en él, hermana Transverberación.

—Cincuenta y dos hará en Septiembre que tomé yo el hábito, hermana Consolación.

—Y ni usted ni yo hubiéramos vendido eso en doce mil duros.

—Dice la madre priora que el comprador ha dicho que esta cantidad es tres veces superior á lo que valen convento é iglesia juntos, y que con ella podremos construir en Valencia un convento enorme, mejor que éste y en país más alegre y bueno que este Guadalajara.

—Hereje será, hermana, el comprador. Hace veinte años daban por el convento solo veinticinco mil y no lo quiso vender la madre Antonia.

—También lo creo. ¿Quién más que un hereje, piensa en poseer tierras y casas y dinero y cosas torreñales?

—Dicen que andan ahora por el mundo una mala gente, descreída, que se llaman republicanos ó socialistas. Esa, debe ser de ellos.

—¿Quién sino uno de esos nos hubiera causado ese dolor! ¡Y sin replicar, hermana, sin poderse defender! Yo moriré...

En esto la campana del convento comienza á lanzar al aire unos golpes fuertes, seguidos, metálicos.

—¡Ya es hora, Dios mío! ¡Adios casa nuestra, casa amada!

—¿Por qué nos arrojan de aquí?

Sor Juana y sor María se abrazan y lloran.

Pero ya vienen más monjas. En los rostros de todas se nota la huella de las lágrimas. Hasta la priora aparece pensativa. ¡Si, si, había sido víctima de un hereje, de uno de estos republicanos!

Sor Juana ha subido de nuevo á la celda

y con su hatillo en la mano aparece en el claustro, llorando silenciosamente. Sor Antonia, sor Filomena, sor Encarnación, todas viejas, unas apoyándose en otras, con sus hatillos, miran aún aquellos muros, aquellos claustros. De pronto una de ellas se escapa de la fila, corre al huerto y arranca una margarita.

La campana vuelve á dar insistentes nuevos golpes, más secos, más seguidos, más rápidos.

El desfile comienza. Se abren las grandes puertas, esas puertas que sólo se abrían para entrar. Fuera hay unos coches. Las monjas se persignan. La priora comienza el cántico.

*In té, Domine, speravi,
non confundar in aeternum.*

Las demás monjas, llorando á lágrima viva, dirigiendo una última mirada á aquellos muros y maldiciendo á los republicanos, al hereje que ha engañado á la priora, van rezongando el salmo.

Fuera hay mujeres, chiquillos y hombres del pueblo que contemplan el espectáculo.

Entre ellos, hablando con su arquitecto, sin mirar siquiera á las monjas, trazando signos con la mano, fija la vista en el convento está el comprador, el republicano, el hereje—según sor Juana, sor Consolación, sor Teresa—, que se llama el conde de Romanones, puntal de la monarquía, protector de Congregaciones religiosas y católico á marcha martillo.

¡Pobres monjas! No creáis en compras de estas hechas por los republicanos. Sólo los monárquicos realizan estos negocios. Los grandes monárquicos y los grandes católicos.»

Copio de *El Diluvio* el anterior artículo, para aprovechar la ocasión de aplaudir á Romanones, por si no vuelve á presentármeme otra.

Y para ofrecerlo como modelo á los meticulosos del republicanismo.

Si por conveniencia particular puede y debe desalojarse un convento, ¿por que no ha de poderse en su día desalojarlos todos por conveniencia general?

Sentado el precedente, acechemos la ocasión oportuna y sigamos la ruta trazada por ese aristócrata, político y católico.

NECESIDAD de la representación libre en los procedimientos judiciales

IV.—OTRA MULTITUD DE ABUSOS QUE TIENEN LUGAR, POR INCUMPLIMIENTO DE LAS OBLIGACIONES DE LOS PROCURADORES PARA CON LOS CLIENTES Y LOS ABOGADOS.

El art. 5.º, núm. 2.º de la ley de Enjuiciamiento civil obliga al procurador:

«2.º A transmitir al abogado... TODOS LOS DOCUMENTOS, antecedentes y es instrucciones... y

«4.º A tener al cliente y al letrado siempre al corriente del curso del negocio.»

Ya queda dicho que los procuradores suelen relevar á los actuarios de la entrega de las cédulas de notificación, firmadas por dichos actuarios.

Claro es, por tanto, que *esos documentos, esenciales, NO LOS REMITEN al cliente ni al abogado cuando hacen la expresada relevación.*

Pero á ello hay que añadir que es *infinito el número de providencias que tengo en mi poder y que no expresan la fecha de las mismas, ni mucho menos las de sus respectivas notificaciones; deficiencias que impiden absolutamente la acertada dirección de un asunto judicial.*

Otra facultad que suelen abrogarse los procuradores y sus dependientes es *la de no indicar siquiera al cliente ni al abogado haberse notificado las resoluciones, cuando aquellos las estiman de poco interés; aunque á veces resultan importantísimas, y su desconocimiento por el abogado causa perjuicios irreparables.*

Con lo cual, *ni éste se halla al corriente del curso del negocio, ni se le entrega copia de TODAS las providencias, como manda el núm. 4.º del art. 5.º de la ley de Enjuiciamiento civil.*

Se da también el caso de que, aunque el abogado suplique y aun exija que las copias de las resoluciones se le entreguen *cada una en papel separado* (como la ley ordena se den las cédulas de los notificantes, para poder unir las al rollo correspondiente y eu el lugar oportuno), *los procuradores copian en un solo papel varias resoluciones, aun cuando correspondan á asuntos distintos; lo que hace muy difícil ó imposible su inteligencia y manejo.*

El precepto contenido en el art. 262 de la ley procesal de que *toda cédula de notificación exprese el negocio á que se refiera, queda casi siempre incumplido ó cumplido con equivocación, induciendo á error.*

Frecuentemente, hasta cuando las providencias aceptan las súplicas haciendo de ellas sólo brevísima referencia, pero elevándolas á la categoría de acuerdos, *suprimen también los procuradores la indicación de los escritos á que las resoluciones recaen.* Con lo cual los traslados de éstas resultan logogrifos.

Y cuando las resoluciones *dan vista de diligencias, no conozco un solo caso de que los procuradores copien éstas; haciendo, cuando más, extractos insuficientes ó erróneos.*

Poniéndose con todo ello al abogado en la abso'ta necesidad de andar por las escribanías enterándose de lo que los procuradores no le dicen; cosa que no sucedería si no interviniera procurador, pues el abogado, antes de firmar una diligencia ó notificación, se enteraría bien de lo que firmaba.

V.—ENORMISIMO ABUSO DE FIRMAR LOS PROCURADORES EN «BLANCO».—SUS FUNESTAS CONSECUENCIAS.

Abuso enormísimo, y casi general por parte de los procuradores, es también el de *firmar EN BLANCO* casi todas las notificaciones y las demás diligencias.

Lo cual da lugar á que, extendiéndose después algunas veces *las notificaciones por error o como sea, con fecha anterior* la en que se hacen, *resultan autorizados*

por el procurador actos inconformes con lo sucedido; y consentidas resoluciones gravosas, cuya reposición se desestima como pedida fuera de término, aunque lo fué dentro del término legal, á partir desde el día en que realmente se hizo la notificación.

Las pruebas que puedo presentar de este enormísimo abuso, son muchas y verdaderamente escandalosas.

Entre ellas merecen citarse:

a) El oficio dirigido por la Junta de gobierno del Colegio de Abogados en 26 de Noviembre de 1878 al Decano de los procuradores, en que dijo que el firmar los procuradores en blanco era «un abuso de funestas consecuencias para los intereses y prestigio de los procuradores... La irregularidad de que se trata es en extremo grave... Los derechos que se ventan en los pleitos están amenazados de un serio peligro, tanto más perjudicial á las partes, cuanto que lo producen los mismos que ostentan su representación. En vista de ello, la Junta de gobierno de este Ilustre Colegio ha creído que debía... llamar de una manera muy especial y señalada la atención de la Junta del Colegio de procuradores... á fin de que se sirva tomar las más eficaces y prontas medidas para evitar en lo sucesivo la repetición de hechos semejantes, altamente perjudiciales á los litigantes, á sus representantes y á la recta y pronta administración de la justicia».

b) A pesar de tan expresiva y apremiante comunicación, ninguna medida se tomó; y lo mismo que por ella se trató de corregir ha continuado sucediendo sin interrupción y ocurre ahora.

c) Podría citar casos numerosísimos que lo prueban; pero me limitaré á decir lo siguiente:

Entre mis infinitas quejas por este abuso, dirigí una contra el que á la sazón era Decano del Colegio de Procuradores. Resultó tan inútil como las demás.

d) Habiendo protestado de que uno de los más reputados procuradores, en vez de expresar en las copias de las resoluciones judiciales la fecha de la notificación, decía solamente «Despacho del día...», me contestó (en carta que conservo):

«Lo que en las providencias dice despacho del... se refiere al día en que la providencia llega á mi noticia, porque, como usted sabe mejor que yo existe la costumbre (¡¡¡!!) de firmar en blanco, y de aquí el que, con muy contadas excepciones, no sepamos nunca la fecha de la notificación».

e) En escrito de 20 de Agosto último, dirigido al Juzgado de primera instancia de la Universidad, solicitando reposición de una providencia que había rechazado un recurso, por estar presentado fuera de tiempo, dijo el Procurador: «Sabido es que constituye costumbre antiquísima que los Procuradores firmemos las notificaciones en blanco. No se podrá examinar las hechas por cualquier notificante, de cualquier Tribunal ó Juzgado,

en cualquier día, sin encontrarlas todas, como he dicho, firmadas en blanco...»

f) Y me ha resultado completamente inútil predicar infinitas veces á los Procuradores que no lo hagan. El mero ruego de ello les exaspera; y hasta ahora me han contestado siempre que sin firmar en blanco les sería imposible el ejercicio de su profesión, porque se indispondrían con los auxiliares de los Tribunales.

g) Con tal absurda creencia (contraria á lo que la experiencia me tiene demostrado en los negocios en que no interviene Procurador; en los que nada firmo en blanco y nadie se molesta por ello), claro es que tener Procurador es sinónimo de estar siempre en peligro de recibir UNA PUÑALADA POR LA ESPALDA.

Peligro de que estimo no nos veremos libres mientras sea forzosa la representación en juicio por medio de Procurador.

Porque este impone sus vicios ó corruptelas, no solo á los clientes, sino á los mismos Abogados; contando con la impunidad por tener ordinariamente el amparo de Tribunales y auxiliares, á quienes los expresados abusos de los Procuradores dejan en absoluta libertad en cuanto á términos, extensión de diligencias inútiles etc, cubriéndolo todo: por lo que suelen ser gratos como ordinariamente lo son los corruptores.

Y á causa de esto, con pretextos ó excusas á mi ver indignos de la justicia, nada acuerdan para la corrección de tan enormes abusos.

DR. DIEGO DE BAHAMONDE

(Marqués de Zafra)

(Continuad.)

Otro atropello

Un concejal interpela escandalosamente en sección pública al alcalde de Santiago de Compostela por si se vendían Biblias protestantes en la feria. El alcalde le demuestra que es un animal.

Sus correligionarios en barbarie van después á la feria y apostrofan á los vendedores de libros con los epítetos de embusteros, falsarios y envenenadores; el público los abuchea y ellos salen por patas.

Nada, que de hoy en adelante tiene todo católico español derecho perfecto á decir con D. Juan Tenorio:

Y donde quiera que voy,
va el escándalo conmigo.

Los campesinos

El obrero de la ciudad no conoce al trabajador del campo; no sabe que es su hermano por el sufrimiento y que ha de ser su compañero en las luchas emancipadoras, porque si el concurso de los hombres del campo, los de la ciudad podrán organizar rebeliones y hasta derribar gobiernos, pero nunca podrán hacer una revolución verdadera que cambie el modo de ser económico de la sociedad humana.

Los hombres del campo, mejor dicho, los esclavos del campo sufren más que los otros trabajadores la pesadumbre del derecho de propiedad, que de más antiguo está arraigado en la tierra que en las industrias, y los propietarios rurales más acostumbrados á abusar y á despreciar á sus dependientes, considerándolos menos que á los animales útiles ó de recreo y lujo.

Hoy comienzan á comer un poco los jornaleros del campo y á disfrutar un poco de la vida; muy poco, es cierto, si se compara con lo que tienen derecho á disfrutar; pero mucho si se tiene en cuenta la vida miserable que arrastraron los padres y abuelos de los actuales campesinos.

El *gachacho* andaluz que se cita como pobreza en todas partes, vale mucho más que el triste *oliagu* que constituía casi el único alimento de la gente vieja del campo menorquin. Agua hervida con un poco de sal, un ajo, sopas de pan duro y unas gotas de aceite, muy pocas gotas, porque el aceite era caro, pero en cambio solía ser muy malo.

Con esto y algunas legumbres tenían que trabajar todo el día, año tras año, hasta que morían de viejos sin saber lo era el mundo, sin haber disfrutado nunca, sin haber conocido otra cosa más que humillaciones y temores: temor al propietario, temor al cura, temor al cacique, temor á todo; nunca desahogo, ni alegría, ni conocimiento de las cosas bellas que hacen la vida agradable.

Entre tanto los ricos, sin ser más ilustrados, sin tener mejor cultivado el entendimiento, pero teniendo más corrompido el corazón, se llamaban cristianos y besaban la mano al obispo para que el payés se la besara al cura, pero no mejoraban las condiciones de vida y alimentación de sus trabajadores; al contrario, con la economía de éstos ahorran los ricos y se forman las casas fuertes que llegaron á poseer muchos centenares de miles de duros.

¡Cuántas miserias no representan las fortunas de estas casas de ricos propietarios! ¡Cuántas toneladas de aceite robado gota tras gota del miserable *oliagu*!

Las condiciones de la vida moderna han llevado al campo, al mismo tiempo que un aumento de bienestar, ideas nuevas y deseos de emancipación que los obreros revolucionarios de las ciudades deberían aprovechar para establecer relaciones de compañerismo y comunicaciones frecuentes, que serían muy útiles para todos, principalmente para formarse una idea clara de lo que podrá ser la sociedad comunista del porvenir.

Si los campesinos tuviesen idea de las modernas industrias, creerían en el progreso y comprenderían lo mucho que se puede mejorar la vida y facilitar el trabajo.

Entonces no temerían las innovaciones sino que buscarían á los trabajadores de las ciudades, para procurar con ellos la conquista de los instrumentos del trabajo.

je, que ha de asegurar el pan y el bienestar a todos los hombres.

Si los trabajadores de la ciudad conociesen la producción de los campos y la fecundidad inmensa de la naturaleza, multiplicada con el trabajo y con el ingenio del hombre, comprenderían la gran abundancia de productos que ha de hacer posible una organización social en que con un trabajo relativamente muy ligero se asegurará lo bastante para toda la población actual del mundo y para los aumentos que puedan sobrevenir en muchos miles de años.

La agricultura, auxiliada por las otras industrias, puede multiplicar hasta lo incalculable los productos, aun aligerando mucho el trabajo, que hoy es abrumador y sólo reproductivo para los inútiles ociosos propietarios.

Por esto huyen los trabajadores del campo, buscando en la ciudad y en lejanos países un poco más de pan, de bienestar y de dignidad, que muchas veces tampoco encuentran, porque en el mundo ya todo está repartido y acaparado y para el trabajador sólo hay en todas partes fatigas y miseria.

Pero no es en la emigración donde ha de buscar su bienestar la clase trabajadora, sino en la lucha por la transformación social, en todas partes, pero principalmente aquí mismo, en esta tierra en que hemos nacido y que ha fecundando durante siglos trabajo fatigoso de nuestros antepasados.

No son los ricos los herederos legítimos del producto del trabajo de las generaciones pasadas; son los hijos y los nietos de aquellos trabajadores, que continúan trabajando como ellos y fecundando esa misma tierra ingrata para ellos porque les roban sus productos los hijos ociosos de los ociosos señores que robaron el producto del trabajo de los pobres abuelos del actual trabajador.

Unidos los trabajadores del campo y los de la ciudad, aprenderán mucho unos de otros: de momento aprenderán a estimarse y a concertarse para el mejoramiento de todos; para más adelante aprenderán a organizar racionalmente la sociedad del porvenir, sin propietarios, sin caciques, sin curas, sin guerras, sin parásitos que vivan de la sangre y del sudor ajenos.

Comencemos á fraternizar desde ahora, porque los tecnicismos necesarios para la organización futura se pueden aprender en poco tiempo, pues entre todos lo sabemos todo; pero la práctica de la fraternidad es lo esencial é indispensable.

JUAN CUALQUIERA

El Porvenir del Obrero. Mahón.

Candideces

Entre las publicadas sobre el caso del soldado protestante del Ferrol, se lee la siguiente teoría:

«Pocas veces como en la ocasión presente habrán tenido tanta actualidad aquellos

famosos versos que Calderón de la Barca puso en boca de «El alcalde de Zalamea»:

«Al rey la hacienda y la vida
se han de dar; pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.»

Aquí también cabe decir que no es justo que la disciplina barrene la fe religiosa de un soldado, porque la religión es para el creyente el alma, «y el alma sólo es de Dios», razón que no es de esperar desatiendan los que formen el Consejo de guerra que haya de juzgar al marinero Fernández.»

El alma es de Dios. Bien; ¿pero de qué Dios?

He aquí el círculo vicioso.

Para cada cual, no hay más Dios que el suyo: los otros son diablos.

Y como en España hay un *Dios oficial consagrado*, y ese es del Papa y del clero, y contra él no hay dios ni cristo que valgan, he aquí que el famoso argumento queda evaporado.

¡Pues no han aireado poco ahora los jesuitas, con motivo de las fiestas de su fundador, lo de que fué militar y luego se convirtió en apóstol!

Pero, nada; ni lo uno ni lo otro: ni fué apóstol, ni fué militar.

Como se ha probado en las columnas de EL MOTIN.

¿A qué atenerse?

*La distinguida señora de *** en su casa y fuera de su casa.*

En casa.—Necesita un portero. Condición: casado, pero sin hijos. ¿Con chicos? De ninguna manera. Los chiquillos... que juegan y lloran y alborotan en la portería... No puede ser.

Fuera de casa.—Es secretaria de una sociedad protectora de los niños; contribuye á una gota de leche y cose para un ropero de niños pobres.

En casa.—Ordena al mayordomo que despida inmediatamente á una doncella, en quien ha creído advertir señales de próxima maternidad. ¡Son cosas que no pueden tolerarse! Ella no se ha interesado nunca por la muchacha, nunca ha sido para aconsejarla, ni se ha cuidado nunca de los peligros que pudiera correr en su casa ó fuera de ella... Pero ¡aquello!... ¡Oh! ¡Aquello!

Fuera de casa.—Cargo importante y de faroleo en la Asociación contra la trata blancas; idem, idem, en la sociedad protectora de las madres desvalidas.

En casa.—La servidumbre duerme en aposentos sin ventilación, el trabajo está regulado por los caprichos de la señora. Si la tertulia de noche se prolonga hasta la madrugada, los criados precisos velan toda la noche y después han de madrugar para atender al servicio, limpieza de habitaciones, etc. Cocheros, lacayos y *chauffeurs* aguantan heladas, lluvias y ventiscas, horas y horas. La alimentación de la servidumbre es por contrata con el cocinero, y el que no consigue captarse

la simpatía del jefe, anda á media ración, por lo regular.

Fuera de casa.—Juntas de sanatorios y ligas antituberculosas.

En casa.—A los oficiales y jornaleros encargados de trabajos, obras y reparaciones, se les paga un jornal muy regateado. ¡Abusa de un modo esa gentel! Todo hay que ajustarlo antes, ¡desde que la gente baja lee periódicos!... Y esa ¡Casa del Pueblo!

Fuera de casa.—Funciones de beneficencia para los pobres de la parroquia; limosnas y donativos á vagos y holgazanes, con tal de que cumplan con la Iglesia y lo pidan por Dios. Todo lo que sea Caridad y nada que sea Justicia. ¡Es natural! La Justicia no luce tanto ni hay por qué agradecerla... con ser más rara virtud que la Caridad.

En casa.—En las comidas íntimas, en las sobremesas, delante de los criados, se murmura de los amigos, se cuenta su vida y milagros, se ridiculiza á los ministros y á personajes más altos, en suma: se siembra indisciplina social.

Fuera de casa y... en casa también.—¡Esta prensa que no respeta la vida privada! ¡Vivimos en plena anarquía! ¡El pueblo que lee estas cosas! ¡No se respeta ni lo más respetable! ¡Con estos gobiernos que se llaman liberales!

En casa.—La señora recibe á distinguidos judíos y luteranos y se despitiorra por ellos, si son gente de viso.

Fuera de casa.—Firma exposiciones contra el Gobierno para impedir que se autorice la apertura de una sinagoga ó de una capilla protestante.

En casa.—La señora se viste en París, veranea en el extranjero, y los pocos libros que lee son franceses; los niños tienen *nurse* inglesa y aya alemana. Se escandaliza de las comedias españolas y no pierde representación de una compañía francesa.

Fuera de casa.—Es muy española: va á los toros y, aunque en menos cantidad de la que paga á su modisto de París, contribuye á todas las suscripciones patrióticas. ¡Oh! En esta de la bandera para el barco España no faltará su peseta...

El patriotismo de la distinguida Señora de *** es tan grande como su caridad. Ya lo dicen los cronistas de salones. ¿Tendremos razón para no tomar en serio su caridad ni su patriotismo?

JACINTO BENAVENTE

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR
R. H. de Ibarreta
UNA PESETA

LIBROS A DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

Los Papas

POR

ROBERTO ROBERT

nos que al vicario de Jesucristo, impiedad que daría risa si no inspirase lástima á los católicos.

Lo que más profundamente lastima al leer la historia de Martín IV, es la loca animadversión contra él, de que hizo gala un príncipe de la Iglesia, un católico el obispo de Narbona, cuyos duros ataques al Pontífice dieron lugar á que el vulgo descreído dijese en son de sacrilega mofa que no había peor cuña que la de la misma madera.

El obispo acusó al Papa, á su jefe, de simonía, de asesinato, de usura, de no creer en la Eucaristía ni en la inmortalidad del alma, de emplear la violencia para que le revelasen los secretos de la confesión, y de haber invertido el dinero de las indulgencias en pagar huestes sarrazenas que invadiesen el reino de Sicilia.

¡Mas ay! No le acusó de esto sólo, con lo cual parece que podía darse por satisfecho, sino que teniendo el Pontífice dos sobrinas, á quienes el cielo había dotado de aquellas cualidades exteriores que hacen á la mujer apetecible para los mundanos, y teniendo noticia vaga de dos niños cuyo origen era tan secreto como público el fausto en que vivían, se atrevió el obispo á acusar á Martión de un crimen tan horrible, que á ser cierto, le habría degradado desde la augusta dignidad de Papa á la vulgar condición de papá, y á las dos sobrinas las habría convertido en un par de tías.

No digo más.

La audacia inaudita de aquellos hombres llegó al extremo de enviar dos comisionados al Papa, mandándole que se trasladase á León de Francia, donde tenían resuelto que le juzgase un concilio general.

Los comisionados Nogaret y Colona, no tuvieron reparo en dirigirse á Agnani, donde residía el Papa, y sabiendo que iban á habérselas con el jefe espiritual, cometieron la desatenta grosería de valerse de medios tan materiales como fueron los trescientos hombres de á caballo que llevaron consigo.

Bonifacio se resistió como era su deber; pero ellos, sin curarse del inminente riesgo de condenación eterna en que se ponían, apelaron á la sacrilega violencia, forzaron el paso, y entrando desafiadamente á la presencia pontificia, tuvieron el honor y el descaro de poner ante sus ojos la acusación.

Bonifacio habría sufrido resignado todo género de injurias; pero considerándose vicario de Cristo y viendo que aquel desacato redundaba en desdoro de Cristo mismo, se encendió en religioso furor, llenó de improperios á Nogaret y maldijo con la mayor solemnidad al rey de Francia «y á sus descendientes hasta la cuarta generación», y si hubiese tenido á mano una de aquellas excomuniones que convierte el pan en piedras, de seguro que al primer bocado que come el impío rey, se destruye todo el sistema dentario.

Desgraciadamente no fué así, y para mengua del linaje humano, Colona, al oír las meras maldiciones del Papa, le sacudió en el pontificio rostro con su guantelete de hierro y le hizo saltar la sangre que tan bizarramente le alentaba para maldecir á los hijos probables de los impíos.

Clemente V y Felipe el Hermoso, vieron con horror las riquezas, es decir: no las riquezas, la posesión de las riquezas en que se hallaban los templarios.

Sagaces y expertos ambos monarcas, sabían bien que tan extraordinarias riquezas no podían acumularse sino criminalmente.

Sobre esto no podía caberles duda alguna.

El rey mandó que el gran maestre de los templarios acompañado de sus caballeros fuese conducido al suplicio para que ardiese vivo, lo que se cumplió al pie de la letra en presencia de muchos piadosos curas y cardenales, que con la más estricta imparcialidad contemplaron la ejecución de los culpables, sin hacer gesto alguno que revelase el horror que debía inspirarles el crimen, ni la piedad que sin duda sentirían por los culpables.

Había entonces muchas miserias que socorrer, á cuyo fin, el rey y el Papa se repartieron los bienes de los templarios, para aliviar con ellos (según es costumbre) la miseria pública.

Clemente V estableció su corte en Aviñón, en donde con un sobrino suyo y una hija del conde de Foix pasaba una vida regularcilla.

Predicó una nueva cruzada contra los turcos, facilitó por cantidades muy módicas la adquisición de indulgencias, y llevó su liberalidad hasta el extremo de conceder á cada cruzado el derecho de sacar cuatro ánimas del purgatorio.

Juan XXII agarra (léase: se ciñe) la corona, se sienta en el trono, ve que en la tierra conocida todo es confusión y barahunda, y se arroja en cuerpo y alma á poner paz entre los hombres de buena voluntad.

Para ello lanza sobre el emperador de Alemania tales excomuniones, que si llegan á alcanzarle de lleno, le vuelven tarumba; lanza otras contra el rey de Francia, que en un tris estuvo que no le pulvarizasen; persigue con inefable encarnizamiento las sectas; quema á granel á los herejes; levanta por la santa causa á los pueblos; pone en armas á los príncipes; derrama por el mundo millaradas de frailes; predica nuevas cruzadas; se hace centro convergente de benéficos eclesiásticos, y orando de aquí orando de allí, reúne en las arcas pontificias veinticinco millones de florines.

La fe católica tiesa que tiesa, más se robustecía cuanto más rica era la Iglesia, cuantos más herejes eran devorados por las llamas y cuanto más escasos de bienes terrenales andaban los vecinos honrados.

Clemente IV compra á Juana de Nápoles el condado de Aviñón, no para sí, sino para los pobres.

Juana de Nápoles, desagradecida hasta lo sumo, se quejó de que el Papa no le había dado el importe del condado, que ascendía á trescientos mil florines de oro; pero la pérdida se callaba que había recibido del Papa un obsequio de mucha mayor cuantía, como era el haberla declarado inocente de la muerte de su marido Andrés, á quien ella había hecho asesinar.

¡Sea usted luego Papa y declare inocentes á las Juanas en vista del pago que dan!

Días de prueba estaban reservados á la Iglesia.

Urbano VI era Papa en Roma y Clemente VII lo era en Aviñón, y se vió entonces una identidad de Papas tan grande, que la más penetrante vista católica no sabía distinguir entre ambos Pontífices cuál era el auténtico y cuál el apócrifo.

Por espacio de cincuenta años los dos Papas y sus sucesores estuvieron excomulgándose reciprocamente, y los rayos espirituales se cruzaban tan frecuentes de acá para allá y de allá para acá, que las almas embelesadas se figuraban asistir al espectáculo de un catillo de fuegos espirituales.

¡Con qué urbanidad degollaban los de Urbano a sus contrarios!

¡Con qué clemencia despedazaban los de Clemente á los suyos!

Unos y otros se proponían por único fin acabar con el dominio del pecado; por un ligero error iban acabando, es verdad,

(Continuad).

IMPRESA DOMINGO BLANCO - LIBERTAD 31